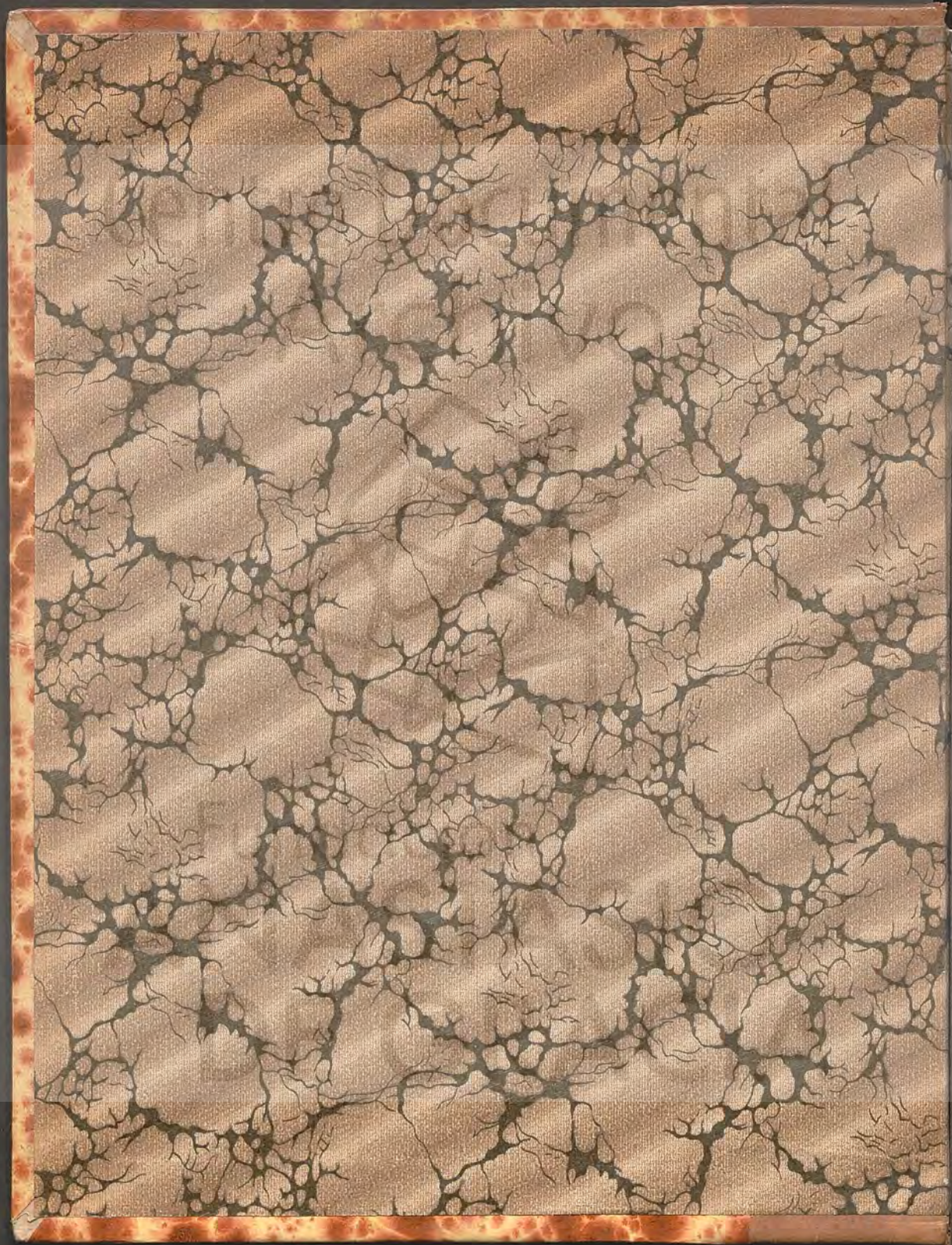


PRINCIPE  
JACOB  
—  
MAKEDA  
REINA VIRGEN

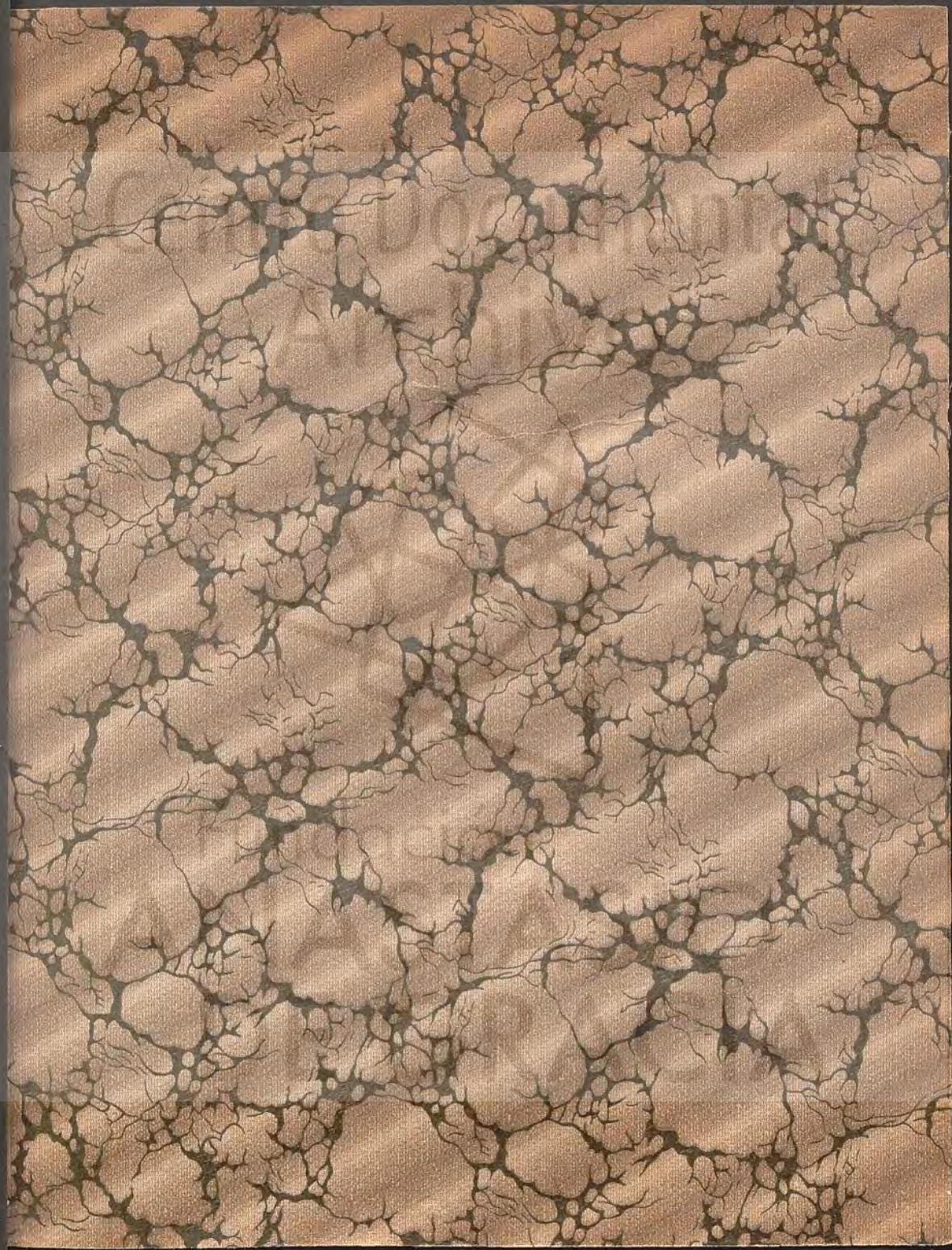
III

Centro Documental  
Archiv



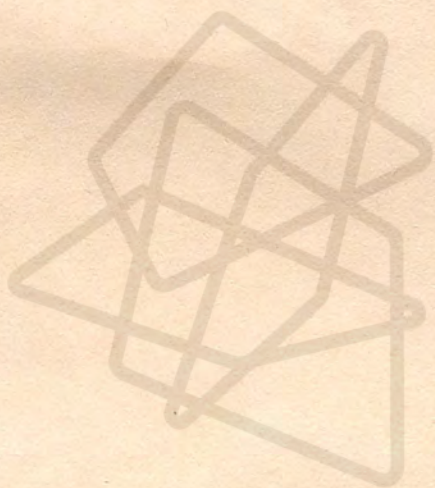








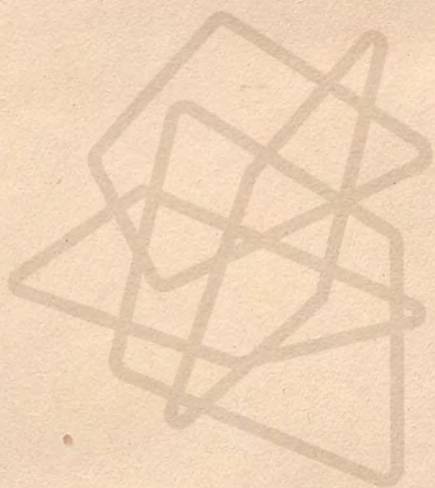
Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



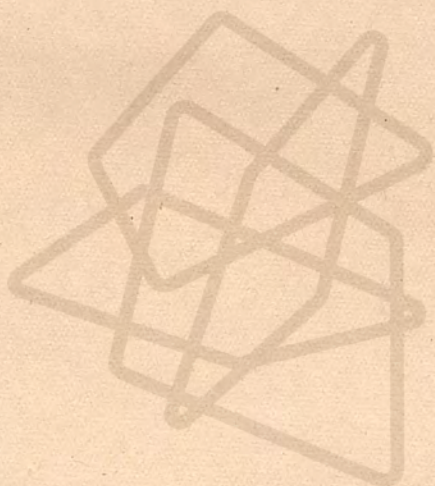
Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Principe Jacob

Ex - Consejero del Imperio  
de Etiopia

Makeda

Reina Virgen

(Era reina de Saba)

version francesa  
de

Gabriel de Aubarede

version española  
de

Valeriano Casanueva

- Tomo. III -



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Maxeda Reina virgen

- Tercera parte -

- Era madre

I

La revolución de los  
hombres.

Habían pasado diez  
meses desde que Maxeda  
era la mujer del rey de  
Judá, cuando un extraño



prisionero enviado desde el centro de Africa, bajo escolta, por orden del principe Jacob, fue conducido hasta ella, una mañana en que se ocupaba de los asuntos de su lejano Imperio.

Si, era un hombre verdaderamente extraño el principe de los Kafutchos, condenado por rebelion en Jaffa. Este guerrero joven y hermoso, cuya fisonomia indicaba el alto nacimiento y el



orgullo llevaba un atu-  
-nio que le daba aspecto  
de bestia salvaje. Los  
miembros cubiertos de  
polvo y de sangre, lleva-  
-ba, cubriéndole el pecho  
una especie de túnica de  
piel de león, cortada a  
propósito en trozos. Un  
mandil de cuero ordi-  
-nario le pendía desde  
la cintura a las rodi-  
-llas; y sobre su casco  
se erigía un palo rojo  
Ukakeda no tuvo que  
preguntar el significado



de aquellos símbolos.

¿Miras mis atavios,  
reina Makeda?, dijo in-  
solentemente. Sabe que  
asi serian desgarrados  
los territorios de la que  
se dice "Leona de juda".

Tus subditos, mis hermanos  
están hartos de tu yugo.

Son muchos los años du-  
rante los cuales nos vejas

con tus leyes despóticas

¡Oh hembra presuntuosa!

- En verdad príncipe  
de los Kafutchos, ¿y esa  
insignia sobre tu peinado.



puedes explicármela tam-  
-bien. ?

- Su sentido me parece  
que es claro: « ¡ Gloria a  
los machos a quienes Dios  
da la potencia » ! Tal es  
nuestra insignia. Puedes  
hacer morir en la tor-  
tura al príncipe de Jaffa,  
¡ oh reina !. La rebelión  
que él ha desencadenado  
no se detendrá por tan  
poca cosa. Mis hermanos  
y yo hemos jurado morir  
como hombres antes que  
obedecer por más tiempo



a una mujer. Ya, por todos los rincones de nuestras comarcas, el símbolo de la fuerza, se erige tallado en la piedra o en la madera: ¡Encadena, mata, tortura!. Todo sería en vano; tendremos la victoria.

Maxeda, riendo, hizo señas a sus guardias de que se llevarían a aquel loco.

Pero las palabras del cautivo rebelde la turbaron más profundamente



de lo que aparentaba. Ase-  
-guriábala Jacob que el  
movimiento estaba reprimi-  
-do. Pero, una rebelión  
de tan hondas raíces,  
¿se mata, así, en un  
día? .. Y Ulakeda pre-  
-sentía que estaba cercano  
el tiempo en que su  
regreso a Saba se con-  
-vertiría en un deber  
al que no podría sus-  
-traerse.

Estos pensamientos  
la entristecían e in-  
-quietaban. Algunas veces



se confiaba a Salomón:  
- Ahí tienes unos cuida-  
-dos que no tendría nunca  
el Eclesiastés, dijo él. ¡Que  
extraño error el haber  
perseguido a los hom-  
-bres y al amor, como  
tu has hecho! Recoges  
ahora la cosecha de  
tus imprudentes leyes,  
¡oh Makeda!

Lo que había de  
excesivo en mi legislación  
lo he dulcificado pro-  
-gresivamente bajo tu  
influencia ¡oh Salomón!



Hoy día en mis Estados  
la mujer no domina al  
hombre, pero sigo creyen-  
do que este no debe  
tener una injusta in-  
fluencia sobre aquella.  
La igualdad de los  
sexos, ¡he aquí lo que  
yo quiero! Por lo de-  
más, aun excesivos mis  
decretos contra el amor,  
han producido felices  
resultados. Mis hermanas,  
tanto en Symien como  
en Suaba conciben, gracias  
a mi lo que es la



dignidad. No se conforman en servir a los hombres de juguetes y de escharas. No quiere esa enoble muñeca servir todo lo mas para divertir al varon o para gemir bajo sus golpes. Trabajan, son dichosas, y no quiero que un puñado de orgullosos eche abajo un sistema, todo lo radical que sea en sus fines, pero que ha aportado a mi pais la salud moral



y la riqueza....

¡Oh Salomón! dime;  
¿no haría bien en  
volver a mi país.?

A esta pregunta, Sa-  
-lomón no pudo contes-  
-tar; era muy sabio y  
estaba muy enamorado  
para hacerlo.

Pero su silencio  
era demasiado elocuente.  
Aquellos pensamien-  
-tos no abandonaban a  
Makeda cuya frente se  
cargaba de nubes, y sus  
ojos de melancolía.



Un proyecto pareció nacer en su espíritu, que le proporcionó alguna alegría.

Hizo venir a Jerusalén a los arquitectos que habían levantado el cuádruple palacio de Saba y después de conferencias con ellos extensamente, los envió con destino desconocido, seguidos de carros llenos de materiales y de cuatro mil esclavos.

Había perdido a Salomón que autorizase



à Adoniram el famoso ingeniero, modelador de las estatuas del Templo, a formar parte del misterioso viaje. El rey consintió, bien que ella hubiese obstinadamente rehusado revelarle el objeto de la expedición.

Es una sorpresa que te preparara la que te ama, ¡oh Salomón!

- Tu espíritu no descansará jamás de forjar nuevas invenciones.

Solamente el día



de mi muerte ¡oh rey!,  
dijo alameda a su ima-  
-ginacion: «Puedes dormir».

Con mas secreto  
aun reunió en sus ha-  
-bitaciones a todo un  
-arrepago de sabios es-  
-cogidos entre los que  
habian estudiado mas  
profundamente las ciencias  
del amor.

Desde hacia algun  
tiempo venia observando  
que su esposo decaia en  
entusiasmo. Era preciso  
que Salomon recuperase



todo su vigor para que el proyecto concebido por Ulakenda se realizase en toda su belleza....

Así pues los mismos que antes la enseñaban a combatir los fuegos del deseo, debían enseñarla hoy a reavivarlos.

Lo que ella deseaba era conocer las formulas que vuelven la juventud a quien la ha perdido. Una obra clásica, de trescientos papiros, se había escrito en Tebas a



este respecto. Maxeda co-  
nocio asi numerosas  
firmulas: El cafe puro  
con harina de Kola; el  
vino reforzado con polvo  
de nueces de Djimat; el  
vinagre endulzado con  
aceite de Tirba; la  
manteca con harina  
de la flor de Astaad...<sup>(1)</sup>  
y la medida con que ha  
de graduarse el condi-  
mento de la comida del  
esposo.

Al cabo de ocho meses

<sup>(1)</sup> - No se encuentran mas por-  
-querias ni en un restaurant  
de Toulouse - V.C.



Los arquitectos y los  
obreros volvieron de donde  
Alakeda les había en-  
viado.

Una gran excitación  
se apoderó entonces de  
ella!

- Mi bien amado, dijo  
al esposo; ha llegado el  
momento de que conozcas  
la sorpresa que Alakeda  
ha imaginado para ti.

¡Habla, oh inventiva  
esposa!

¡Oh Salomon!, los sueños  
de la reina de Saba  
no son de los que se evaporan



en el pensamiento. No se pueden comparar a esos espejismos que el sol gusta de componer en el horizonte sin fin de las arenas. Mis sueños los hago yo con la piedra, con los metales, aunque hubiera de edificarlos en el centro del desierto.

« Sabe pues ¡oh esposo mio! que en los confines arenosos de Siria y de Tadmor - (1) nos

(1) - Palmira.



espera un nuevo y má-  
-ravilloso abramafaxon  
(paraíso de amón).

« Hace tiempo que  
pensaba llevarte allí,  
a un palacio como yo  
he sabido concebirlo. Y  
he aquí que existe, que  
resplandece bajo el sol  
tiritado. Te ves: es com-  
-pletamente blanco en  
medio del verdor de  
un oasis perdido en  
el desierto de oro. Pero  
en el interior, brilla  
como la granada, em-  
-balsama como la flor



está lleno de delicias co-  
mo la boca del ser amado.

... Mis caravanas están  
dispuestas y nos esperan.

Ya mis camellos impa-  
cientes ventean el aire  
de los grandes espacios.

Todo está dispuesto.

Pasaremos allí ciento  
veinte días olvidando el

pasado y el porvenir (1)

Ciento veinte días, ¡oh mi  
rey! durante los cuales

Salomon y Makeda for-  
marán la pareja más.

(1). No me explico como se pueda  
olvidar el porvenir - (V.C.)



dichosa que vivió jamás  
en el universo. Todas las  
beatitudes que Jehová  
creó, las conocerás sobre  
mi seno hasta la últi-  
-ma. . . . Y entonces podre-  
-mos decir que hemos  
coronado la cima de  
la felicidad.

Makeba había  
hablado con una tal  
exaltación que al estre-  
-mecimiento de codicia  
que produjo su discurso  
en Salomón, se mezcló  
otro de angustia . . . .







Centro Documental  
Archivo

— II —

Todas las beatitudes.

Las caravanas de la reina de Saba se pusieron en marcha — a través de los inmensos espacios, y eran aquellas de tal longitud que cuando atravesaban una aldea



era necesario todo un día para ver aquel sumptuoso desfile de jinetes, de camellos, de elefantes, de jaulas con fieras, de carros llenos de sonrientes muchachas escogidas entre las más bellas del mundo.

Así, los que habían contemplado la pompa desplegada por el rey Salomón y la reina Ataleda, podrían decir a sus hijos, y estos a los suyos, « que eran



grandes. ».

Se escalo y descendió el monte Tabor; después el monte Efraim. Hizose alto en Tiro y allí, fue recibida la gloriosa pareja en la Corte del rey Hiran, aliado de Solomon. Las casas de quince pisos de aquella ciudad activa, asombraron mucho a Akeda. Atravesaron Fenicia en toda su extensión; el monte Libano y el Zarab, y después vino la larga



marcha por el desierto -  
de Siria.... Por fin, una  
tarde, y como un diamante  
arrojado en medio de  
un lecho de esmeraldas,  
allí, en el confín de las  
arenas y del cielo san-  
-grantes, apareció el  
alamafakar.

Si, tal como lo  
habia concebido Ulakeda  
en su poderosa imagino-  
-cion, se elevaba en el  
desierto la ciudad de  
la voluptuosidad adon-  
-de ella habia querido  
conducir a su esposo.



Un largo bosquecillo de palmeras y de otros árboles se elevaba alrededor de una fuente, y entre aquella verdura desordenada se veían jardines con paseos simétricos bordeados de plantas raras, enhiadas de Damasco. En el contorno de los jardines se elevaban las construcciones reservadas a las tropas y a los servidores. En el centro, el recinto



especial para el real  
matrimonio.

De un lado veíase  
el palacete de la reina  
compuesto de una habi-  
-tacion de reposo, y un  
salon tocador; del otro  
el del rey exactamente  
igual. Dos paseos desem-  
-bocaban en una avenida  
mas ancha que daba  
acceso al «Pabellon del  
Amor», risueña cons-  
-trucccion rectangular, de  
tejado plano y bordeado  
por una galeria de columnas.



No habia mas que dos piezas en este pabellon; la cámara de los placeres, y el comedor, pero todo cuanto veian los ojos despertaba el deseo, y la necesidad de satisfacerlo. Los artistas especializados de Tebas y de Babilonia habian unido sus conocimientos para hacer de aquella vivienda el templo mismo del placer. Por todas partes una policromia,



desencadenada en un  
desenfreno de piedras  
raras, de oro, de esmaltes  
y de porfidos, era el amor  
en sus infinitas variacio-  
-nes el que prodigaba sus  
imitaciones y sus sonri-  
-sas.

Si; todas las beati-  
-tudes que Jehová creó,  
conociólas Salomon  
en Tadmor.

Despertado por los  
músicos hacia las cinco  
de la mañana, era  
después bañado, ungido  
y perfumado; todo esto



con tanta dulzura, que la sensacion misma de transito del sueño a la vigilia pasaba desapercibida; y con esa ligereza de espíritu que produce la satisfaccion plena, se dedicaba en seguida durante algunas horas a la lectura de los escritos que llegaban a diario de Jerusalem y a la redaccion de las respuestas. Despues, no deado de un cortejo



de bailarinas desnudas y depiladas marchaba al encuentro de Uak'eda que iba hacia el con el mismo aparato, recubierta de alhajas y de velos transparentes. Se juntaban en el cruce de los dos paseos y entraban en el « Pabellon del Amor ».

Allí, esclavos de cuerpo perfecto y de diferente color les servian manjares excitantes en una vajilla de oro. Los mejores tocadores de luto y de



arpa rivalizaban en  
deleitar sus oídos; los  
poetas componían can-  
tos siempre nuevos; las  
bailarinas entremez-  
claban sus cuerpos per-  
fectos en figuras cuya  
complicación mas atre-  
vida cada día era  
un constante llama-  
miento a la lujuria.  
Así, todos los refinamien-  
tos del arte y de la  
poesía concurrían a  
enmascarar el deseo al  
mismo tiempo que



llevaban al paroxis -  
mo....

En un momento de  
terminado, servidores,  
poetas, cantores, baila-  
rinas, se desvanecieron;  
y sin haber tenido tiem-  
po de apereibirse de que  
estaban solos, Salomon  
y Uaxeda penetraban en  
la "cámara de las de-  
licias" y se embriagaban  
de si mismos hasta la  
noche....

---

---

---

---

---



Centro Documental  
Archivo

— III —

El triumfo de los  
triumfos.

Llegó al fin el cien.  
to veinte día.

Como todos los otros,  
el sol cumplió su ciclo  
con indiferencia.

Como todas las otras  
tardees, el sol se abismó en



su esplendor y desapareció.

Mas en este instante aunque ningun soplo de fresca aires atravesara el aire, Alameda tuvo un escalofrio.

No fue mas que un instante. Casi en seguida dijo:

¡Oh Salomon! ¡que embriaguez hemos gustado en este almajitar que hemos de dejar mañana! No creo que ninguna pareja desde la creacion del mundo



haya conocido nada semejante. No creo que en el porvenir ninguna otra sabría jamás elevarse a esta altura de alegría a la cual nosotros hemos llegado. En verdad, nuestra dicha ha sido una creación. Dime, ¿no lo crees tu también.?

Yo lo creo también mi bien amada, dijo Salomon, y rindió homenaje en mi corazón a la maga que ha sabido



Crear esto.... Pero. ¿ por que  
dices que huye.?

¡ Nos separaremos  
bien pronto, Salomon!

¿ Que digo!

¿ Por que fingir sor-  
presa.?. Bien sabes que el  
rey de Jerusalem y la reina  
de Saba no estan desti-

nados a terminar sus  
dias en la misma ciu-  
dad. Tu lo sabes bien. Yo  
debo volver a mi país.

¿ Que digo yo.?. Tu no  
ignoras que esta parti-  
-da estaba ya resuelta



en mi espíritu cuando  
te rogué que vinieras  
aquí, á conocer sobre  
mi seno todas las bea-  
titudes. - ¡Oh Salomon!  
las beatitudes supremas  
son tambien las ulti-  
mas. He aquí porque nos  
damos tanto al placer  
y á la alegría....

- Dices verdad; habia  
adivinado todo esto, dijo  
Salomon,.... pero ¿cuando  
piensas abandonarme.?

En cuanto lleguemos



a Jerusalem.

¡Así, tan de prisa!

¡Hace dos años que  
estoy ausente de Saba,  
¡oh Salomón!

¿No has estado siem-  
pre en contacto con tu  
capital.?

- No se gobierna un  
Imperio lanzando seña-  
les, aunque recorran el  
espacio con la velocidad  
de la luz. Una reina  
deseosa de conservar su  
autoridad debe mostrar-  
se a su pueblo; mas, debe  
deslumbrar. Además



esas remuevas de que te he hablado, me preocupan. Mi reino me necesita; lo siento en mi corazón. Al unirme a ti, ¡oh Salomón! he cumplido la obra que me confió mi padre, y es necesario que te deje.

Tus motivos son muy poderosos; tus razones muy sabias, reconoció abrumado Salomón.

¡Oh sarcasmo de la gloria!  
¿Por que no seré yo un simple pastor? ¿Por que



no serías tu una simple  
mujer.?

Marta, viendo que  
sufría se abrazó a él....

¡Oh mi bien amado!  
prosiguió ella con la voz  
alterada; ¡que nuestro  
ciento veintim día no  
sea un día de duelo!....

Ahora que te he comuni-  
cado mi aflicción, te di-  
re....

Se paró. Si la noche  
no hubiese caído mientras  
hablaban, Salomón  
podría haber visto el  
rojo de la confusión



colorear la adorable ca-  
na.

¿Que? ¿Que podrias  
consolarme de un dolor  
tan grande.?

¿No lo adivinas es-  
proso.?

Mientras hablaba, se  
apoyaba mas contra el  
como si lo que iba a  
anunciarle, solo pudiera  
decirsele su cuerpo....

El comprendió de  
pronto, y la dijo babu-  
-ciento y cubriéndola de  
besos:

¡Oh alegría! ¡Oh gloria!...



¿Y aquí? ¿Ha sido aquí  
donde?... Ella extendió  
el brazo hacia el desierto  
de fosforescencias misterio-  
sas:

Si, ¡oh mi rey! aquí  
en este lugar de delicias  
y de esplendor, ha sido  
concebido nuestro hijo.  
Al preparar con tanto  
cuidado este viaje, pensa-  
-ba sobre todo en el -  
Jehová ha escuchado  
mi ruego. ¡Oh triunfo  
de los triunfos! ¿Como  
un hijo nacido de un  
tal amor, no sería el



mas hermoso, el mas glorioso que conozca la historia de los pueblos. 2

Salomon participaba de la exaltacion de su esposa, y dijo a su vez alzando los brazos al espacio:

¿Será un hijo. 2.

¡Oh Jehová que nos escuchas y nos miras!; ¡Oh tu que ves hasta en el vientre misterioso de las madres; haz que mi esposa me dé un hijo!

Yo tambien lo deseo,



dió Maketa. Le llamari-  
mos Menelik (1).

Cuando decía esto,  
contemplaba a Salomon  
con toda la fuerza de  
su amor.

.....

Y la larga caravana  
franqueó de nuevo el de-  
sierto de Siria, la Fenicia,  
el monte Tabor y el  
monte Efraim....

Y Jerusalén recibió  
a su rey, y a la esposa  
de su rey.

---

(1). Las palabras Mene - lik sig-  
nifican: «Para que el, se le  
parezca».



¡ Pero que pena en los coros cuando se supo que aquella reina amada de todos no venia mas que para prepararse a partir!

Solamente se regocijaron con la nueva, los viejos rabinos, siempre predispuestos contra las mujeres extranjeras. Participaron de la alegría las concubinas olvidadas y la celosa Samsi.

Las trompetas des-



ganaron los cielos, los  
elefantes banitaron, pia-  
faron los caballos, rodaron  
los carros....

Y Makeda no de-  
-jarse el Templo de siete  
pisos donde habia sido  
liberada; el palacio en  
que se habia convertido  
en mujer; la ciudad que  
tanto habia amado....

Y la muerte hubiese  
entrado en su alma si  
no supiera que llevaba  
en sus entrañas el mas  
bello de los recuerdos de  
amor, ese fruto misterioso



por el cual lo que no  
es se convierte en lo que  
seria.

Pensaba ya en el  
dia en que volveria, pasa-  
dos siete años para a-  
compañar ella misma  
al hijo de Salomon, por-  
que esta prescrito que los  
hijos serian entregados al  
padre al cumplir los  
siete años.

A veces, rogaba que el  
fruto de sus amores fuese  
varon y tuviese que enviar  
a Salomon el anillo de  
oro, signo convenido si



era del sexo masculino.

Otras pensaba en si seria hembra y tendria que enviar el anillo de plata....

Se repetia estas cosas para enigañar su dolor; pero el dolor era mas fuerte, y alameda corrio las cortinas de su litera para que sus guardias no la vieran gemir y retorcerse los brazos.

Alli, Solomon se lamentaba. Pareciale que todos aquellos elefantes, todos aquellos caballos que desfilaban por las



calles de Jerusalem, pisoteaban su corazón....

Glamo a un arquitecto:

- ¡ que se tapien todas las puertas y todas las ventanas del palacio de la reina! ¡ Nadie debe penetrar donde ella ha vivido. Tal como abandona este palacio, así debe encontrarlo a su vuelta.!

La vivienda donde la virgen de Axum había danzado, reído, cantado; la casa que la



vió revestir los siete trajes del día nupcial, aquella casa, quedó tenebrosa como una tumba.



Fundación  
ANASTASIO  
DE GRACIA



Centro Documental

Archivo

Menelik y su "krat".

¡Que alegría en  
Jerusalén y en el corazón  
de Salomón, cuando el  
Correo de Estado de Saba  
trajo el anillo de oro,  
señal de que había nacido  
un hijo varón en la capital



del Yemen.

Ulkedia, como medida de prudencia ordenó derribar las torres que jalaban el espacio entre los dos reinos. Por eso, un velero rápido llevó de Saba a Egiongabab el portador de la noticia, y de Egiongabab a Jerusalem, los caballos mas rápidos. Llegó el mensajero cubierto de polvo hasta las cejas; las espuelas manchadas de sangre, muerto de



sed y de cansancio.

En un cilindro de oro abierto por el centro, se encerraba un breve mensaje de la madre: un bucle moreno y el anillo de oro, señal de que habia nacido un varón.

¡Hossania! exclamó Salomon. He aquí terminada la unión de tus dos pueblos. ¡oh Jehová! ¡que se coma, que se beba, que se dance! Salomon tiene un hijo; Menelik, que reinará en Saba. ¡Y Ulakeda, allí,



era tambien dichosa, porque cuando contemplaba a Menelik, creia ver a Salomon; tanto se le parecia.

- Quiero conmemorar esta fecha gloriosa habia dicho al viejo Haizar. Instituyo en este dia una insignia de honor para recompensar a aquellos de mis subditos señalados por sus servicios. Ieraran un anillo de oro colgado al cuello, con una cinta



azul; el color salomónico.  
co.

Huizar había acompañado a la reina a Saba, y obtuvo esta gracia en recompensa a sus grandes servicios, y a los prestados en tiempos antiguos a su padre el rey David.

Masceda de nombre Gran Intendente, porque no olvidaba la alegría que le proporcionó al llevarla el primer mensaje de Salomón.



Y el tiempo transcurría opacible, consagrado al culto, a los negocios del Estado y a los cuidados del niño.

Makeda reivindicaba justamente el derecho de unir en adelante a sus títulos, el de reformadora de la religión israelita. Los rabinos que había traído de Jerusalem restablecieron los ritos ortodoxos en toda la extensión del territorio. Las sinagogas



se multiplicaron, y en las escuelas se enseñó el hebreo en toda su pureza.

Su anterior afán de engrandecer el ejército consagrólo en adelante a trabajos pacíficos. Excelentes tratados de comercio ligaron a Jerusalen con Saba, y el tráfico entre los dos Reinos llegó a ser considerable.

La paz interior



era también completa:

La revolución de los hombres, reprimida sin efusión de sangre, no era ya más que un recuerdo. ¿Quién, por lo demás, hubiera podido quejarse de las leyes de la Perla, sabiamente dificultadas. ? Representaban la igualdad de los dos sexos, y esta, reinaria en adelante bajo la égida de una reina pacífica.

Mientras, Menelik creía,



inteligente, bello, dichoso  
como su padre. Pronun-  
ció sus primeras palabras,  
dió sus primeros pasos.

En tanto que Ma-  
keda le veía crecer, la  
angustia y la alegría  
unidas apretaban su  
corazon: ¡Oh Dios,  
cuando tenga siete  
años!... pensaba. Enton-  
ces ¡oh alegría!, volveria  
a ver a Salomon; pero  
¡oh dolor! seria para  
abandonar a Menelik....



Al cabo del cuarto año aproximadamente, llegó a Saba una delegación de siete grandes dignatarios de Jerusalén.

Fue Haizar quien los condujo al palacio, donde la reina, ya advertida les esperaba en la Sala de las audiencias.

Haizar estaba inquieto. ¿Por qué eran siete? ¿No es este el número de que se componen las delegaciones encargadas de



misiones graves, anuncios de duelo, o de matrimonio. ?

Cuando atravesaban el ultimo jardin, un chiquillo, de unos cuatro años, pasó por delante de los judios.

Era un niño negro, enteco de cuerpo y de fisonomia melancolica. Su cara de nariz chata, y labio grueso no tenia ninguna de las características propias de la raza israelita. Marchaba



con paso nostálgico y lento, e iba seguido de sus servidores.

I-Iaizar se había prosternado y no se levantó hasta que el singular pequeño se alejó.

¿Quién es ese niño? preguntó el jefe de la delegación, llamado Pallu.

-Es el príncipe Mene-lik, respondió I-Iaizar.

A estas palabras, los delegados se miraron moviendo la cabeza tristemente, y algunos de ellos



cambiaron una sonrisa maliciosa.

Pallu se habia rebecho.

- Si es asi, Haizar, podemos dar por terminada nuestra mision. Podemos decir al rey que hemos visto al principe Menelik, y describirselo con todo detalle.

¡Adios pues Haizar!

Vosotros no podeis retiraros sin haber saludado a la reina,



¡Oh delegados! dijo el,  
apresuradamente. Esta  
prevenida de vuestra  
llegada y os espera....

Los siete emisarios  
se consultaron con la  
mirada.

Si la reina nos  
espera, debemos en efecto  
saludarla, dijo Pallu.

Y precedidos por el  
Gran Intendente en-  
traron en la Sala de  
audiencias.

Sobre la grada mas  
alta del trono, un niño,  
igualmente de cuatro



años, estaba sentado jugando con las perlas que pendían de su vestido; y aquel niño no era negro ni de aspecto ruin, sino bien portado y alegre....

Makeda parecia tambien inquieta.

Despues que los enviados de Salomon la saludaron, ella les dijo:

¿De que nueva sois portadores! oh mensajeros! en numero inquietante? ¡Habla pronto, oh Palli!



¿Por que este largo viaje  
solemne.?

El jefe de la dele-  
gacion parecia un poco  
embarazado.

-No existe ningun  
causa grave ¡oh reina!  
Nuestro Señor nos ha  
enviado sencillamente....  
su corazon piensa en ti  
siempre, y a veces se in-  
quieta.... para asegurar-  
se de que tu hijo y tu  
disfrutais de buena sa-  
lud

Esta solicitud emo-



ciona mi alma, dijo  
Marenda. En efecto, la  
cruel ausencia inspira  
a veces miedos sin fun-  
damento; pero tu lo  
ves, la esposa de tu  
señor está perfectamen-  
te, y en cuanto a su  
hijo....

Pallu bajo los ojos.

- Por lo que se refiere  
al niño, estamos seguros,  
¡Oh reina! Te hemos  
visto en tus jardines.

¿Que quiere decir  
esto.?



Sorprendida, se había  
puesto de pie:

¿ Como habéis podido  
ver a mi hijo, que está  
a mi lado desde por  
la mañana, aquí, a  
mis pies, donde le veis  
en este momento. ?

Pallu se volvió ha-  
cia Fraizar:

- Aquel niño negro  
que encontramos, ¿ no  
nos dijistes que era Su  
Gracia el príncipe Ulene-  
lik. ?

Tal es en efecto su



nombre.

- Tus palabras son misteriosas ¡Oh Haizár!

Lo parecen mas no lo son. El niño nacido de la reina Makeda y del rey Salomon, es el que veis en este momento.... Concierto vuestra sorpresa, delegados, y creo llegado el momento de disipar vuestros errores.. .. de disipar sobre todo ciertas impías suposiciones que adivino en



vuestros espíritus....

Si me permites que hable  
¡oh reina!

Makeba había  
recobrado su calma.  
Con una mano acariciaba los rizados cabellos del hermoso niño que escuchaba sin comprender, cuando todos tenían en el sus pensamientos.

-No solamente te permito hablar, sino aun mas; te lo ordeno. Odio los equívocos.



Pues bien ¡oh dele-  
gados!; ese nequillo en-  
teco con el que nos hemos  
cruzado no es en reali-  
dad el príncipe Uene-  
lik, sino solamente su  
Krat. (Sombra); un niño  
extranjero nacido el  
mismo día y que desde  
entonces vive en palacio  
rodeado de los mismos  
cuidados que un prin-  
cipe verdadero, para  
que caigan sobre su  
cabeza las maldiciones



y los maleficios. He ahí  
porque, yo os lo he pre-  
sentado como príncipe  
Menelik fiel al juramento  
prestado por mí, de  
nombrarle así siempre.  
Pero era necesario que  
fueseis a vuestra vez ini-  
ciados ¡oh emisarios de  
Solomon!, porque ahora  
averiguo el secreto de  
vuestra actitud ambi-  
gua. Sin duda, algún  
negociante judío de paso  
por Saba, habría visto



al Kat, y de vuelta a  
Jerusalén lo habría des-  
crito como hijo de la  
reina. Y Salomón, tur-  
bado os envió para que  
os aseguréis con vuestros  
propios ojos de su ver-  
dadero aspecto.

Pallus bajó la ca-  
beza, mortificado por  
haber sido descubierto

Mas prosternándose  
ante la reina dijo:

- Es verdad ¡ah esposa  
de mi rey - Salomón



nos ha enviado hacia  
ti para que nos asegu-  
remos de su semejanza  
con el príncipe Menelik.  
Por otra parte, ¡está se-  
gura! ninguna sospecha  
irreverente ha encon-  
trado el camino de su  
espíritu. Simplemente,  
en su prudencia ha  
querido cortar toda  
maledicencia, de raíz,  
con nuestro solemne  
testimonio.

- Entonces, ¡mirad



con atención al hijo  
de vuestro rey! ¡Mirad  
bien a Menelik y decid  
si el nombre que lleva  
es usurpado!

- Ciertamente que  
merece llamarse Mene-  
lik el hijo del Eclesiastes,  
dijeron. La misma piel  
de bronce dorado, la  
misma mirada chis-  
peante de inteligencia  
en sus grandes ojos  
negros; y en el centro  
de la frente el pliegue



vertical característico  
con el que se reconocía ya  
al vencedor de Goliath.

Con un solo impulso,  
los siete embajadores  
se prosternaron ante el  
augusto niño.

¡Alabada seas tu,  
entre todas las mujeres!  
exclamó Pallus, y alaba-  
bado sea tu hijo. Es  
Salomon mismo, es Da-  
vid a quien vemos.

¡Esta segura, la verdad  
será proclamada por



nuestras bocas ¡Y desdichado el que haga correr meros rumores que hieran tu virtud!

¡Bien!, dijo friamente la reina, e hizo señal de que la audiencia habia terminado.

Lo hizo así, porque un sollozo subia a su garganta y no queria que vieran su pena. Pero cuando partieron se abrazó a su hijo



-80-

y le cubrió de besos  
mientras gemía.



Fundación

ANASTASIO  
DE GRACIA



Centro Documental  
Archivo



Lo que Menelik vió en  
el espejo.

Fundación  
ANASTASIO  
DE GRACIA

Cuando cayó la  
noche, Sabia tomó el as-  
pecto de los días de fiesta  
Makeda había  
querido que llevaran el



recuerdo de una reina  
de Saba en toda su  
gloria, los hombres que  
habian emprendido un  
largo viaje portadores de  
una duda injuriosa.

Y se encendieron  
antorchas por centena-  
res de miles en el con-  
torno de las cuatro ga-  
lerias de columnas, y  
el liso marmol, el cuarzo  
rugoso, el agua de los  
lagos y la plata de las  
corazas reflejaban el fuego



de las antorchas; las aguas coloreadas subían hacia los cielos sin dejar ver las estrellas.

En lo alto, sentado en las rodillas de su madre, adornado con todas sus alhajas, Menelik contemplaba gravemente el espectáculo inaudito.

No decía nada; no se movía, pero ¡que avidez en sus grandes ojos negros! Y era que llevaba en su sangre los



gustos de su padre por  
todo cuanto significase  
fausto y esplendor; y  
ya en sus actitudes  
y en su porté imitaba  
la hierática majestad  
paterna. Si; ulenelik  
era el hijo concebido  
en la gloria de los  
desiertos por la pareja  
mas gloriosa del  
mundo....

Así pensaban los  
siete delegados en medio  
de su mortificación.

Sin embargo, a pesar



de aquel homenaje a su grandeza, que se lía claramente en sus miradas, Makeda seguía triste.

¿ A que este espectáculo grandioso al cual no asistía el hombre amado. ? . ¿ A que, sobre todo aquellos impulsos de un corazón fil, si el amado no podía sentir sus latidos. ? . ¡ He aquí, que ya el ala oscura de la sospecha había



rozado su espléndido  
amor!.... ¡Oh peligros de  
las separaciones prolon-  
gadas! «No se puede go-  
bernar desde lejos un  
Imperio», habia dicho  
sobre la terraza del  
"alamofakar". «Una  
reina celosa de su  
prestigio debe vivir al  
lado de sus subditos»....

Igualmente, la mujer  
que quiere reinar en  
el corazón del esposo,  
debe vivir cerca de él....



¿Dudaban del sacrificio de su reina, aquellos hombres y aquellas mujeres que se perseguían, se abrazaban bajo la cubierta esmeralda de los bosquecillos iluminados, en tanto que arriba la que les prodigaba los placeres, sentía la angustia de las tinieblas invadir su alma.?

Aquella noche, la reina de Saba esperó



inútilmente el sueño.

No obstante, ahora no estaba sola, pero ¡oh terror!, bien pronto lo estaría. Ahora, todavía tenía a su Menelik....

Un deseo la impulsó a ir a ver como dormía su hijo.

Las enanas habían sucumbido al sueño. En tiempos pasados, Makeda no hubiera dudado en despertarlas al menor capricho nocturno; pero, ahora era compasiva



Alumbrió ella misma una antorcha y penetró en la estancia de Melnik.

Los ojos del príncipe estaban completamente abiertos.

¡Que! ¿También el padecía ya de insomnio.?

¿Que tienes, mi pequeño, mi amor. ? le dijo con acento zalamero; ¿por qué no duermes. ?

Pensaba en cosas, respondió el niño.



¡ Tu, tan pequeño pensar  
en cosas! ¡ Y por la noche!  
¡ Anda, duerme!

No podré mientras  
no sepa lo que quiero  
saber.... ¡ Oh, dímelo ma-  
dre.!

Febilmente, sus  
manecitas ardorosas,  
se agarraban a uno de  
los dedos de la reina  
para impedir que se  
alejase. Ella le con-  
templó, un poco asustada,  
de tanta precocidad.

Le besó con dulzura



en la frente y le dijo:  
¿Y cuál es esa  
cosa tan grave que quie-  
res saber, pequeño mío.?

El niño la miró  
a los ojos.

Yo quiero saber si  
tengo un padre como los  
otros niños. ¡Dime! ¿verdad  
que yo le tengo también.?

¡Naturalmente! ¿tienes  
padre contestó para no  
romper en sollozos.

- Si le tengo, ¿por que  
no le veo nunca.?

Porque vive muy lejos



de aquí.

- Entonces, es un malvado si no viene nunca a verte.

Al contrario, es muy bueno pero no puede alejarse de su ciudad, siendo como es un gran rey, abrumado por innumerables asuntos.

- ¿Tu, ¿por que no vas a verle.?

Porque yo soy una gran reina abrumada tambien por mil cuidados. Los poderosos de este



mundo poseen la gloria  
pero no la dicha, mi  
bien amado.... Tu tambien  
reinaras. y bien lo sien-  
to.... Y sin embargo te  
he traído al mundo  
para eso.... Porque la  
gloria tiene un atrac-  
tivo irresistible aun para  
el que no ignora ningun-  
na de sus amarguras.

Esto lo pensaba  
Makeda porque el niño  
no podia comprender  
nada.

Pero, el continuo con  
su tema:



¿Me llevarás un día  
con el, madre.?

Si, amor mio.

¿Cuándo.?

Dentro de tres años.

¡Oh, cuanto van a  
tardar en llegar!

Menos para tu ma-  
dre, que para ti, pequeño  
mio, pues sería necesario  
dejarla allí, y volver sola...

Poco le importaba  
al niño lo que siguiera  
a la alegría de este  
viaje.

¡Dí! ¿Es en barco



como se va al pais de  
mi padre. ?

Si, Menelik, en  
barco.

o En un gran barco  
pavo-real que tiene los  
ojos verdes. ?

Si, Menelik; en mi  
gran barco pavo real  
que tiene los ojos verdes.

Y, ¿habria muchos  
navios a nuestro abre-  
dedor. ?

La flota entera nos  
escultaria como cuando  
fui por primera vez a  
Judea.



¿Y cuando desembar-  
quemos, habria muchos  
guerreros delante y detras  
de nosotros.?

¡ Habria regimientos en-  
teros Menelik !

¿Y elefantes.?

¡ Habria elefantes por  
centenares; perros por mi-  
llares, caballos, camellos,  
fieras cautivas, esclavos  
de todos los colores !

¿Y como sera el cano  
que me lleve.?

Todo de oro.

El niño suspiro de



contento y de impaciencia al mismo tiempo. Sus párpados se bajaron un instante y ya su madre se disponía a besarle creyéndole dormido. Pero, casi de repente se abrieron los ojos de Menelik.

¡Oh madre! ¿es cierto que tengo un padre? dijo menagemente.

¿Tiene tu madre costumbre de mentir, Menelik?.

Si es verdad que tengo



su padre, quiero verle,  
pero no dentro de cuatro  
años sino enseguida.

¿Por que los otros prínci-  
pes con quienes juego a  
la quema (1). pueden  
ver a su padre todos  
los días y yo, que soy  
mas que ellos no puedo?  
¡Yo quiero, yo quiero ver  
a mi padre!

Honaba y se agitaba  
en el lecho.

De pronto se le ocurrió

---

(1). - juego análogo al hockey  
moderno.



una idea a Ulakerda.

Salio volviendo ense-  
guida con un espejo de  
oro que puso frente a  
la cara de Alnelik,  
mientras aproximaba  
una antorcha....

¿Que ves. ? le pre-  
guntó.

El niño parecia  
maravillado.

¡Oh madre, veo una  
figura, una figura dora-  
da!....

¡Es tu padre Alne-  
lik, es Salomon, llamado  
tambien el "Rey de Oro"!



Al ver aquello, el pequeño pareció absorberse en una profunda meditación.

-Es hermoso, dijo solamente.

Así, cuando estés en su presencia podrías reconocer a tu padre entre todos los hombres dijo Alameda.

Con una gran unión, el niño posó sus labios sobre la imagen. Casi enseguida se durmió.

Y la reina de Saba



pudo satisfacer su deseo;  
imaginarse que veía  
dormir al mismo tiempo  
a su hijo y al padre de  
su hijo....



Fundación  
ANASTASIO  
DE GRACIA



Centro Documental  
Archivo

— VI —

El viaje al país  
matal.

Antes de llevar a  
Melchior a Jerusalén, Ma-  
keda creyó conveniente  
presentarle a sus pueblos  
africanos.



No habia visitado  
Symien desde su instala-  
cion en Saba. Agradabala  
mostrarse en todo su es-  
plendor a los habitantes  
de su primer Reino, y ade-  
mas, queria juzgar por  
sus ojos la gestion de  
su Viat Chaum y de su  
Alfa Neguest.....

Y asi, el barco pavo-  
real navegaba hacia Mu-  
ttona llevando a las  
tierras del Oeste a la  
reina de Saba, a su



a su gran Intendente  
Hraizar, y a Menelik su  
hijo.

El melancólico Kat  
iba también....

Apenas llegada a  
Axum experimentó una de-  
cepción doloro-  
sa. Había quedado en  
su espíritu un recuerdo  
glorioso de aquella ciudad  
donde fue coronada  
entre las aclamaciones de  
un pueblo embriagado  
con su belleza. Y ahora,



Axum le parecía una aldea. Estaba desencantada y la apenaba el desencanto.

Y era, que durante su ausencia Uxareda había conocido el colmo de la grandeza. Pero lo que más la apenaba era ver que los symienses la amaban menos que antes; ellos a quienes tuvo siempre reservado en su pecho un lugar predilecto....

La revolución de los hombres, aunque re-



primida no dejaba de  
minar el Reino, y Alaxeda  
experimentó esta sensación  
según avanzaba hacia  
el interior. A la entrada  
de muchas ciudades,  
se elevaban aquellos gi-  
gantescos falos de pie-  
dra (1)... Al contemplar-  
los se acordaba del  
príncipe de los Kafutchos:  
«¡Encadena, mata, tortu-  
ra, oh hembra presun-  
tiosa! ¡tu no pararías

(1) - Pueden verse aun en ciertas  
regiones de Etiopía.



la revuelta de aquellos  
a quienes Dios confirió  
la potencia!». Y en un  
momento la antigua  
aversión contra el sexo  
enemigo despertose en  
su alma. Ahora no sen-  
tia mas que la tristeza  
de la injusticia; porque  
ella no habia ni enca-  
denado, ni matado, ni  
torturado. Al contrario,  
habia dulcificado pro-  
-gresivamente las leyes,  
y devuelto a los hombres  
la mayor parte de sus



privilegios. Y a pesar de todo no se apaciguaba su rencor.

Una investigación profunda no hizo mas que confirmar sus sospechas. Sus subditos no la perdonaban el matrimonio contruido -.

Consideraban que les habia frustrado un bien que poseian por un juramento; consideraban a Menelik como fruto de unos amores culpables. He aqui lo



que pensaba de ella y de su hijo aquel pueblo por cuyo amor tanto habia sufrido.

Una gran angustia se apoderó de Makeda. Temiendo por Menelik, no se separaba de él, ni de día ni de noche.

Mientras conversaba con Haizar, una tarde, oyose un sordo rumor.

Makeda saltó hacia una de las ventanas.

Un espectáculo abominable se ofreció a sus ojos.



Una multitud de esclavos harapientos y aullantes habia hecho irrupcion en el patio central empuñando antorchas y armas de todas clases. Sus caras tenian esa expresion de horrible ferocidad que inspira el odio desencadenado; y las bocas vomitaban terribles injurias.

¡ A muerte la perjura!  
¡ Que nos entreguen la hembra de Salomon, la prostituta de Jerusalem!



Y uno llegó a gritar:  
¡Mueran Menelik! ¡Mueran  
el bastardo de la perla  
impura!

Ante la puerta mo-  
numental habíase enta-  
blado una batalla entre  
las turbas y la guardia  
de Makeda; pero ¿que  
puede un puñado de hom-  
bres leales contra la fuerza  
monstruosa de la plebe  
desencadenada.?

A la vista de la pri-  
mera sangre vertida, vino  
el asalto. Se oyó cruzar



la madera de la puerta monumental, y casi a seguido, el estrepito de los cristales, esmaltes, y objetos preciosos de la "Sala de Honor". Era este ruido, la queja desesperada de la belleza violada por la enloquecida multitud.

Makeda estrechaba contra ella a Menelik tembloroso.

Y dijo entonces a su gigante negro:

¿Que espera mi regimiento privado para intervenir.?. ¿Su jefe tiene el sueño



bien duro! ¡ Corre y  
advertide!

Arbo estaba consternado.

Pero, ¡oh reina! ----

¿que sucede.?

Han partido todos de  
maniobras nocturnas.

¿Sin saberlo yo.?

Makeda estaba enco-  
lerizada, pero pronto se  
rehizo:

¡Yo salvaré esta  
traicion! ¡Yo sabré que  
nombre lleva el alma de  
esta revolucion! El pueblo  
no la tiene y sólo obra



empujado por quien piensa  
en su lugar....

Harizar temblaba de  
terror.

¡ Oh reina!; ¡ van a  
matarlos a todos!; ¿ Como  
huir.?

¡ Madre, tengo miedo!  
gritaba Menelik agarrán-  
dose a la ropa de la  
reina.

Makeba habia re-  
cobrado su flemas habitual.

Su cara era ya, la de la  
reina de las batallas;  
fruncido el entrecejo, los  
ojos tenebrosos, los rasgos



duros.

¡Basta Alenelik! ¡Es-  
tropeas mi ropa! Un prin-  
cipe debe saber permanecer  
tranquilo en toda oca-  
sion. Y tu, Flaizar, deja  
de temblar, judío sin  
valor. Las revoluciones  
son chiquilladas de los  
pueblos, y los reyes versa-  
dos en su oficio saben  
prevenirse contra ellas.  
El profeta Anguebo mi  
padre con su presciencia  
habia previsto sin duda  
lo que hoy sucede en la



ciudad, porque... mira  
Haizar....

Con mano segura  
habia deslizado la punta  
de un estilete en el in-  
tersticio imperceptible de  
una moldura, y he aqui,  
que se abrió una puerta  
que daba acceso a una  
escalera oscura.

¡Una antorcha!

Dióselo el gigante.

Seguidme los tres.

¡Uenelik, este es el momento  
de agarrarte a mi vestido!

¡Haizar, colócate detrás



de Menelik; y tu, Arbo, cierra la puerta secreta y marcha el último...

Encontraron una larguísima escalera que descendía en espiral, y luego un pasillo en declive. Era necesario agacharse para avanzar a causa de lo bajo de la bóveda. Los muros tallados en la roca estaban impregnados de humedad y brillaban a la luz de la antor-



cha. Una escalera, todavía seguida de un túnel algo más ancho que el anterior. Al fin, apareció una línea blanca apenas perceptible.... Maxeda se paró y manióbró un resorte....

Se oyó un formidable estruendo, como si una detonación continuada, que hacía resonar el túnel entero hasta lo más profundo; un ruido de aguas, diríase, infinitamente multiplicado



por las bóvedas de piedra.  
Las cataratas del Nilo  
no dejan oír otro tan es-  
pantoso.

Por fin, el ruido dis-  
minuyó acabando por ex-  
tinguirse.

Y entonces se abrió  
una puertecilla apareien-  
do la vasta llanura.

- Estamos a dos mil  
codos del centro de la  
ciudad explicó Makeda.  
Solo mi padre si nos ve  
desde lo alto del cielo, puede  
conocer el lugar de nuestro



escondite, porque no reveló  
a nadie mas que a su  
hija el secreto de este sub-  
terraneo horadado en  
la montaña por cuarenta  
forzados mineros, en ve-  
nados el día en que se  
terminó la obra. Los reyes,  
Haiziar, deben tener cui-  
dado con las indiscrecio-  
nes de la lengua y prevenir  
la ingenuidad de las  
multitudes y la perfidia  
de los agitadores.

¿Pero ese terrible mi-  
do.?



¿ Ves ese lago seco ahora? Hace un momento estaba lleno hasta los bordes, y parecía un lago natural y a su orilla, está roca cortada a pico donde nos encontramos.

A nadie se le ocurriría que pueda llegarse a la llanura por este sitio.

Eso es lo que tú harías, Fairair, con Menelik y con Arbo si no me ves volver antes del alba.

¿ Vas o dejarnos?



Makeda debe volver arriba a dominar la revuelta.

¡Te matarán! ¿No has oído sus amenazas.?

Yo he tratado un plan en mi cabeza según marchábamos, y no intentes hacerme cambiar, viejo medroso. Al alba, he dicho, huye con mi hijo si no estoy de vuelta.

- Desde Muttora iréis directamente al país de Edom. ¡No temáis nada! Aquí encontrareis lo que



ha de servir para que nadie os conozca. Todo fue previsto por mí. ¡Escúchame antes!

- Lateralmente al pasillo se encuentra una cámara secreta, cuyos armarios están llenos de toda clase de trajes, armas y objetos de campaña....

Ya Maxeda se había envuelto en una larga capa completamente negra que la cubría de tinieblas



hasta los pies. Un capuchon  
pendia de su espalda.  
Llevaba guantes negros;  
a su cintura se sujetaba  
un agudo puñal y a su  
espalda un arco y fle-  
chas. Estaba pálida y  
silenciosa.

Al encontrarse con  
la mirada de Menelik,  
intrigado por aquella  
metamorfosis, una ex-  
presion dolorosa tras-  
torno la hermosa cara  
de Makeda. Levantó a  
su hijo y le cubrió preci-



pitadamente de besos:

¡Oh madre!; ¿vas a matarlos a todos? ¡mu-  
muó Mendik que parecía  
comprender.

Ella no respondió;  
sonrióse y le dejó en tierra...  
y de pronto, Mendik dejó  
de ver a su madre.

El capuchon echado  
sobre el rostro, juntamente  
con el traje, la hacía  
confundirse con la negrura  
de la noche. La reina de  
Saba no era más que



una sombra que se alejaba por el fondo del túnel. Aquella que presidía las fiestas nocturnas como la humanidad no había jamás visto, y no volvería a ver; aquella que deslumbraba al universo con el esplendor de sus tocados, diríase que se había convertido en reina de la noche.





Centro Documental  
Archivo

— VII —  
—

¡Laul Siarbo...! ¡Laul  
Makeda!

Fundación

Arriba, la carnicería estaba todavía de sencadenada.

A través de la destrozada puerta se veía



un incesante ir y venir de esclavos desarrapados que se precipitaban en busca de botín, o que ya salían de Palacio cargados de tesoros.

De las ventanas caía una verdadera lluvia de objetos preciosos, arrojados al poblacho apretujado en el patio central, y que se los disputaba a golpes.

Allí, las pieles de guepardo; los cortinajes



de seda azul embro-  
jados por Ninipalukin  
el hechicero de Atxum.

Allí los jarrones de oro  
grabados con sabios  
jeroglíficos; bandejas in-  
celadas, vasos de cristal  
de Egipto, que se destro-  
zaban al caer sobre  
las losas.... Allí, arro-  
jados como paquetes  
ensangrentados, los  
cuerpos de las dos  
enanas de Uareda...



¡Oh diversiones insensatas de los hombres entregados a sus instintos! Al momento, los pobres cadáveres fueron violados, cortados en pedazos.... Mas allí, hombres medio desnudos se apoderaban de telas mas finas que el ala del insecto; otros se arrojaban al cuello los collares de la reina; y algunos se pavoneaban



con sus pantalones de seda transparente haciendo innobles movimientos de cadera....

Bien pronto se oyeron los chillidos de las cortesanas que salían escapadas de las tabernas; y entonces vieron se escenas sin nombre.

La multitud aumentaba a cada instante. Había de todo en aquella ola que avanzaba hacia Palacio; mujeres, niños, artesanos



gentes honradas ciertamente. Venían simplemente para ver, pero pronto les ganó la locura colectiva, y maldecían, saqueaban también a su reina, porque el espectáculo de desorden embriaga más que el vino.

Entre tanto, arimados a los muros, los últimos guardias fieles luchaban aun desesperadamente. Caían juntos y los que quedaban, amarrados,



desnudados por cien  
manos, eran entregados  
al populacho que los  
torturaba....

Se hizo una especie  
de calma. Era que el  
jefe de la revuelta aca-  
baba de mostrarse

Llevaba sobre sus  
espaldas la cabba real  
de seda verde; pero, ¿que  
sangriento trofeo llevaba  
en sus brazos. ?.... ¡ Oh  
Dios!; era el cuerpo de  
un niño de unos cuatro  
años; el cuerpo de un



negro....

He aquí porque la multitud se había apaciguado. Todos comprendieron que iba a decir grandes cosas, y los pueblos aman los discursos casi tanto como las matanzas.

¿Quién era aquel hombre cuya sola aparición bastaba para imponer respeto.?

Se recordaría la febril vigilancia de que



era objeto de malediccion  
por parte de su tutor  
Amriam, hermano del  
profeta Anquebo. La seve-  
ridad de aquella vigi-  
lancia se explica mas  
facilmente que el fana-  
tismo cruel de los rabinos.  
Amriam tenia interes  
en la extincion de la  
dinastia fraterna puesto  
que entonces le corres-  
ponderia la corona por  
via de consanguinidad.  
La Perla habia  
castigado la indiscreta



tiranía del tutor, nombrándole gobernador del país de los Kollagas.

El ambicioso Amriam murió al cabo de algunos meses, envenenado por el clima que reina en estas regiones. Pero su hijo Sadoe había unido su odio a su ambición. Él fue quien valiéndose de disimuladas maniobras minaba poco a poco la popularidad de la virgen hecha mujer.



El fue el agitador de  
aquel repugnante ejér-  
cito de esclavos dispuestos  
a todo con tal de ser  
libertados. Reinar; tal  
era el fin de Sadoe;  
poner sobre su cabeza  
la corona del Imperio  
de las Dos Tierras.

Cuando se hizo el  
silencio, dijo Sadoe:

¡Oh pueblo de Axum  
la Santa, mira este  
niño. En este cadáver,  
fruto de los amores



culpables de la Perla per-  
jura y de un monarca ex-  
tranjero, termina la di-  
nastía de la que viola su  
juramento. El Eterno, eno-  
jado, acaba de cortar por  
mi mano esta descendien-  
cia que era fruto del  
pecado. Menelik ha muer-  
to, la madre de Menelik  
ha muerto también. ¡Sa-  
ludo pues, oh pueblo de  
Axum, a tu vengador y  
nuevo rey. Sadoe, hijo de  
Amriam!

Y la misma multitud



que en aquel mismo sitio saludaba en tiempos pasados a la Perla, con sus aclamaciones llenas de amor, saludó con gritos entusiastas al que se vanagloriaba de haberla asesinado.

-¡Ei, li, li, Eruil Sadoc, hijo de Amriam! ¡Ei, li li!...

Embriago por su triunfo, el miserable arrojó sobre las losas el cuerpo del niño, y se puso a piso-



tearle, con una especie de transporte sádico. Oyose crujir la debil caja torácica, y salir sangre por la bonita boca melancólica; y la multitud aplaudió emborrachada.

Entonces, cayeron del cielo estas palabras:

¡Basta Sadoc! ¡Basta falsario, hijo de falsario.!

Se hizo un silencio solemne.

¿Quién osa interrumpirme? rugió Sadoc,



volviéndose y girando  
sobre si mismo como  
enloquecido porque no  
sabia de donde venia la  
voz.

- ¡La reina de Symien  
y de Sabaj; Mareda hija  
del profeta Anquebo!

¡Es falso, Mareda ha  
muerto!; ¡yo mismo la  
he matado!....

- ¡Mientes aun mas  
Sadoc, pero por ultima  
vez porque vas a morir!

¡Basta,!. ¡Basta,!. ¡A mi!



El impostor se  
había puesto livido, al  
reconocer la voz. No ce-  
saba de girar sobre sí  
mismo, tanto en un  
sentido como en otro,  
escrutando la multi-  
tud, las ventanas de  
Palacio, los tejados, lo-  
co de vergüenza y de  
angustia.

Y todos, lejos de  
sacarle retrocedían  
llenos de espanto porque  
habían la voz de la



reina. Trataban de encontrar con la mirada a la que habló momentos antes, pero en vano.

De pronto, Sadoz, se paralizó. Tenía los ojos desorbitados, la mano como suspendida en el vacío queriendo coger el puñal. Era la viviente imagen del terror.

Acababa de distinguir a dos cordos encima del tejado de las



caballerizas bajas del  
Palacio, la punta bri-  
llante de una flecha  
que buscaba su corazón  
..... Y como la invisible  
sagitaria era igual  
de negra que el espacio  
intersidereal, le pareció  
al miserable que la  
noche misma se dispo-  
nia a lanzar contra  
su corazón el dardo  
de la muerte.... quiso  
gritar.... Su grito reso-  
nó en la eternidad.  
Allí quedó, tendido



sobre las losas, tras-  
pasado de parte a parte.

Casi con la veloci-  
dad de su flecha, saltó  
al patio.

Una capa negra  
cayó a tierra, unos  
guantes negros volaron  
... y todos reconocieron  
a la reina.

«¡Oh madre!; ¿vas  
a matarlos a todos? ¿  
la había preguntado  
Ulendik.

- ¿A todos,? ¿Para  
que.? pensaba Ulakeda



mirando á aquel pueblo que hacia un momento aplaudia a su rival, y que ya refluvia camino de la ciudad, anonadado de confusion, de maravilla y de espanto. ¡ Oh, cuan verdad es!; los pueblos no tienen otra alma que la que les da el hombre o la mujer, bastante fuertes para querer por ellos, sea el bien sea el mal.



Si el o ella caen, entonces no saben lo que quieren.

De pie ante la puerta negra arrancada, los ojos violeta fijos, los rasgos duros, el labio levantado por una sonrisa amarga, la hija de Anguebo contemplaba en silencio aquella lastimosa retirada.

Los guardias liberados por la multitud recomenzaron la lucha contra los cons-



termados esclavos.

Estos resistían; se jugaban la vida previendo el castigo que les esperaba. Su número era todavía grande, y estaban armados.

La batalla duró varias horas con diversas alternativas. Mientras tanto, la masa de los dudosos retrocedía o avanzaba tomando parte por las fuerzas leales o por las rebeldes según



que de un lado o del otro pareciese orientarse la victoria. De suerte que los remalinos de la insurrección se extendían por la ciudad entera; y la sangre corría por las calles de Axum.

Makeda dirigía las operaciones, con el corazón abrumado ante el espectáculo de la lucha fratricida, pero con el espíritu frío como



como conviene en las horas críticas.

Al fin, hacia las diez, las tropas que habían sido alejadas de la ciudad por sorpresa, llegaron.

Fue la señal de rendición.

En cuanto aparecieron los primeros jinetes, llamado viendo conjurado todo peligro, abandonó subrepticamente su puesto de observación para



in en busca de Menelik.

Así, a las primeras  
luzes del alba se la vio  
aparecer en el dintel  
de la puerta principal  
del palacio con su hijo  
en los brazos.

¡Oh pueblo mio! dijo.  
¡Oh tu que eres tambien  
mi hijo! sabe que tu  
reina te perdona en  
nombre de Menelik, el  
bien nombrado, hijo de  
Salomon rey de juda



y de la hija de Anguebo.

« Aquel desgraciado niño negro que te mostro Sadooc, era tan solo el Kat de Ulenelix, sombra protectora unida a sus pasos angustos para preservarle de maleficios.

¡ Pobre pequeño, el Eterno ha querido que cumpliera su misión hasta la muerte....!

« Pero olvidemos las sombras, olvidemos esta



triste noche. ¡Saluda,  
pueblo de Ixum al que  
ha de ser tu rey!

-¡Li, li, li, clamó la  
multitud a estas pala-  
bras. ¡Laul ulnelik!  
¡Laul ulaxeda! ¡Li,  
li, li!

La reina levantó  
la mano.

Perdono a los que  
han obrado sin reflexión,  
pero los miserables que  
fomentaron esta revuelta



serian juzgados y castigados.

«¡Y ahora, marchad! Quiero que antes de ponerse el sol, todo lo robado sea restituido, todo lo roto restaurado; que las calles se limpien y se entierre a los muertos. En una palabra, quiero que no quede rastro en esta ciudad de las locuras cometidas. Esto, condicío-  
na mi perdón. ¡Marchad!  
Y los objetos preciosos volvieran a Palacio.



Y se enterró a los  
muertos.

Y se lavó la sangre.

Pero sabía alakeda  
que no se borraría jamás  
de su memoria el recuer-  
do de aquella noche. Y  
cuando se quedó sola  
lloró.

Fundación

ANASTASIO  
DE GRACIA



Centro Documental  
Archivo

— VIII —

El duro consejo de  
Hraiziar.

El juicio tuvo lugar  
al día siguiente, y la  
sentencia fue inmediata-  
mente ejecutada.

Los jefes de la  
rebelión fueron ahorcados,



decapitados los esclavos, y los guerreros de Makeda que habian tomado parte en el complot, terminarian sus dias en una isla que se alza en medio del lago Tana.

« ¡ Encadena, mata, tortura ! ». He aquí que los acontecimientos obligaban a Makeda a seguir el consejo del principe de Jappa.

Asistió a los suplicios porque tal era su deber



pero cada golpe de  
hacha resonaba doloro-  
samente en su corazón,  
dulcificado por la pala-  
bra del "pacífico" y por  
la maternidad.

Makeda consagró  
los días que siguieron,  
al estudio de las meras  
medidas administrati-  
vas destinadas a reforzar  
la disciplina en sus  
Estados.

Decidió que su Impe-  
rio se compusiera en  
adelante de cinco Reinos  
y siete Virreinos, gover-



mandos respectivamente por cinco «negros» y siete «blancos». Axum dejaba de ser capital para serlo solamente Saba. Así, el Imperio de las Dos Tierras, confederado de esta suerte recibiría el nombre de «Habech», (1), que significa "Imperio habitado por gentes de razas diversas".

Makeda se inquietaba sobre todo por su hijo

---

(1) - Habech ó Abisinia. - Makeda, según la tradición quiso para su pueblo el nombre de Imperio de Israel, pero se opuso a ello Salomón que quería reservar este título para sus propios Estados.



Allegada la edad  
prevista decidió enviar-  
selo inmediatamente a  
su padre. Podían esta-  
llar nuevas revueltas,  
y la presencia de Mene-  
lik tanto en Axum  
como en Saba signifi-  
caba para el un peligro  
constante.

Pero su madre, ¿po-  
día pensar en llevarle  
ella misma a Jerusalem?  
¡No!. Había restablecido  
el orden; y alejarse de  
sus súbditos en aquel  
momento sería compro-



meter su obra. Por amor  
a Menelik ¡oh dolor  
de los dolores!, era ne-  
cesario separarse de él.

Así pues, no vería  
a su hijo entrar en  
Jerusalén con aquella  
pompa que habían ima-  
ginado juntos.

Dió a Haizir la  
misión de acompañar  
al príncipe.

El viejo quería decli-  
nar esta responsabilidad.

— ¡Ve mi gran edad,  
reina! ¡Ve mis espaldas  
curvadas bajo el peso de



los años; y, el que se inclina ya hacia la tumba. ¿debe asumir el cuidado de un viaje tan peligroso. ?

- ¡Me asombras Elairai!  
El peligro está en mis tierras, no sobre el suelo de Judea.

En esto te engañas ¡oh reina!; tendremos que atravesar comarcas igualmente agitadas.

- Elairai, creo que sabes cosas de las cuales yo no estoy informada....



Es muy cierto lo que digo.

¿Y por que esos secretos.?

Dudaba en transmitirte las malas noticias que he recibido de mi país, viéndote fatigada y abrumada por otros cuidados que reclamaban soluciones inmediatas y de dolorosa aplicación.

-Solicitud excesiva  
Elizarr. Makeda sabe tener juntas en su



mano las riendas de todos los reinos del mundo igual que sabe conducir desde su carro los caballos mas fogosos. ¡Habla me ahora, viejo precarido!

¡Pues bien! en nuestro pais arde en este momento la revolucion. Toda la provincia del Sinaí es presa de graves disturbios.... El rey Jeroboa, que la gobierna es un vasallo poco docto, y como esta region es



vecina de Egipto....

¡-Chochenque ha  
suministrado a feroboa  
armas y oro!

Tu, sabes todo.

¡Pse!. Son astucias  
viejas como el mundo,  
y durarian tanto como  
el. Los reyes gustan  
de fomentar el desorden  
en los paises vecinos a  
los suyos....

Dices verdad. Sea  
como sea, toda esta  
comarca arde. Ya  
Egiongabbar está en manos



de los descontentos.

Bien ves que no puedo desembarcar con Menelik..

.. Pero si tu te dignas acompañarnos con tu flota... entonces la revuelta se apagaría ante el aparato de tu fuerza y el prestigio de tu persona....

La reina reflexionaba. Ahora, una expresión de esperanza mostrábase en su frente. Las revelaciones de Haizar habían cambiado



la faz de las cosas.

- Pues bien, yo misma acompañare a Menelik hasta Jerusalem.

El viejo movió lentamente la cabeza con tristeza.

- ¡ Por que no he de hacerlo.?, dijo Maseda con cierta irritacion.

El aizeri, osó tomar las manos de la reina estrechandola entre las suyas secas.

¡ Oh reina valiente



entre todas!; perdona  
a quien fue el primero  
en destituir la esperan-  
za en el corazon de  
la virgen....; perdona  
a tu viejo Intendente  
si hoy destruya otra  
esperanza en el corazon  
de la madre....; ¡No, oh  
Makeda!, no conviene  
que vayas tu misma a  
entregar en manos de  
Solomon lo que mas  
amas en el mundo.  
Renuncia a este consuelo.



No hace falta que  
 tus ojos vuelvan a ver  
 al esposo amado. Mas  
 tarde, puede ser... (1)

Tu viaje en estos tiempos  
 turbulentos daría  
 mucho que hablar a  
 tus enemigos... que no  
 faltan tampoco en  
 Jerusalem. Estos perversos  
 no dejarían de decir  
 si te vieran avanzar  
 hacia el interior o

(1) - En realidad, Makeda no  
 debía volver a ver a Salomón.



la cabeza de tus ejércitos,  
que ibas en plan de con-  
quista.... Escóltanos sola-  
mente hasta la rada  
de Egiongabar, y vuélvete  
tan pronto como huyan  
los rebeldes y antes de  
que se rehagan. ¡Tal es  
el duro consejo que te  
da Haizar, oh reina  
valiente entre todas.!

Makeda bajó la  
cabeza resignada.

¡Cuanto cuesta ser  
grande! dijo tan solo.



Y por la primera vez en su vida, la reina de Saba lloró delante de un hombre.



Fundación

ANASTASIO  
DE GRACIA



Centro Documental  
Archivo

IX

La separación de  
las separaciones.

¡Oh tristera!. Esta vez no navegaba hacia el Norte en su barco para real la dictadora de las aguas. No se veían patos reales ante



el trono donde se sentaba, con Menelik sobre sus rodillas; ni monstruos, ni animales amancestrados, ni bailes, ni música.

Solo el aparato de guerra para intimidar.

Ahora, iba en el mayor de sus (tres) veleros de tres mástiles con doce puentes superpuestos.

Cuatro navios de combate provistos de largos remos la escoltaban de cerca, con sus escotillas



cerradas, prestos a hacerse  
a la mar; con sus tubos  
de bronce atascados de  
telas empapadas de re-  
sina fresca. Detrás en  
sus torres estaban los  
saeteros, al lado de sus  
gigantescos arcos....

Hairar lo había  
previsto bien. Maxeda no  
tuvo necesidad de tocar  
el suelo de Egióngabar  
para sembrar la desconfianza  
entre los rebeldes; no  
tuvo más que mostrarse.



Apenas la Flota Verde  
comenzó a aparecer  
esparcida por el mar,  
en forma de flecha,  
cuya punta estaba di-  
rigida hacia la ciu-  
dad, y el ojo perspicaz  
podía distinguir la  
silueta menuda y te-  
mible de la Reina de  
Reyes, ya estaban derro-  
tados los partidarios  
de Jeroboán instalados  
en el puerto de Salomón.

La flota de Makeda



permaneció dos días en la rada de Egion-gabar. A intervalos llegaban mensajes enviados por las estafetas de los regimientos ligeros lanzados a la persecucion de los fugitivos, con orden de no usar las armas.

Makeda seguia asi los progresos de su intervencion pacifica. Enloquecidos a la sola vista de la famosa bandera verde, los revoltosos arro-



jaban sus armas en  
masa. Los egipcios habian  
repasado prudentemente  
su frontera. Jeroboan  
la franqueó tambien....

[Llegó la hora  
mas temida de todas;  
la del dolor de los do-  
res....

Vino, á traves de  
lo invisible, la flecha mas  
aguda entre las flechas..

.. Abriose la herida  
de las heridas....

Ya empezaba el



transporte a tierra, de los regimientos que debían escoltar a Menelik; ya estaban en el muelle, hombres, animales, carros, cajas de presentes....

Ya las tropas estaban alineadas a lo largo del muelle esperando al príncipe. Se oyeron las ordenes breves y confusas de los jefes, el barritar de los elefantes; se oía el ruido el ruido de los cascos



de los caballos impacientes.  
tes.

Ya en la barca que debia conducir a tierra a Menelik, los guerreros de la guardia de corps ocupaban sus puestos....

Mientras se hacian todos estos preparativos, la reina de Saba estaba rigida e inmovil en la proa. Tenia de la mano a su hijo que no se movia tampoco en su afan de imitar



siempre las bellas ac-  
titudes maternas, pero  
era posible que el tam-  
bien esperase...

De pronto Makeda  
se levantó en el aire a  
la altura que permitian  
sus brazos, de tal manera  
que no fuese visible otra  
cosa alrededor de la  
pequeña figura que el  
cielo del Reino de Sa-  
lomon:

- ¡Oh hijo mío! excla-  
mo; ¡que yo contemple por  
última vez tu cara



para fijarla en mi  
memoria como en  
Tadmor contemplaba  
a tu padre para que  
fueses semejante a él!  
¡Sí, es Salomon a quien  
ves a través de ti!

- ¡Puedan vuestras dos  
fisonomías mezcladas  
quedar mucho tiempo,  
mucho tiempo, presentes  
ante mí como queda  
el sol bajo los párpados  
de los que le han mi-  
rado un momento! ¡Es



tan hermosa tu cara!

Menelik preguntó a-  
sombreado:

¿Por que dices todas  
esas cosas? - ¿No vienes  
entonces conmigo hasta  
esa gran ciudad de  
la que tanto me has  
hablado?

- No puedo, pequeño  
mío.

¿Por que madre?

Porque te amo hijo  
mío.

En ese caso no se  
debea estar al lado



del que se ama, como  
tu dices.

- Se desea, pero cuanto  
mas poderoso se es, menos  
se puede, hijo mio.

No comprendo lo  
que dices, madre.

- Comprenderás mas  
tarde Menelik; cuando  
seas tan instruido como  
tu padre.

El niño la miraba  
cada vez mas sorpren-  
dido, pero su movible  
pensamiento iba hacia  
otros sitios.



¡ Dime !. ¿ Entraré en  
jerusalén de pie sobre  
mi hermoso carro de los  
siete cuellos de avestruz. ?

- Si, Menelik, entra-  
rás en jerusalén rodeado  
de gran pompa; y desde  
lejos te veré, Menelik; y con  
la misma mirada veré  
el pueblo, la ciudad, el  
rey. El ojo del pensamiento  
abarca todo... ¡ Y veré  
también todos los reinos  
que te destino, y todos los  
tesoros que encierran !.

Ahora no te miraba



ya, pero le palpaba con  
las manos, con los labios,  
con las mejillas....

Entre besos le decía:

Es a Salomon a  
quien abrazo; es a Salo-  
mon a quien toco y aca-  
ricio.... ¡Oh carne de mi  
carne!; ¡con mis ojos  
conocerás a tu padre, con  
mi boca le besarás!

Y exclamó en seguida,  
presa de una extraña  
angustia:

¡Acuérdate bien Menelik!



Es como aquella imagen  
que viste una noche en  
el espejo de oro... igual;...  
con una hermosa barba  
negra finamente trenzada..  
.. [Leva un gran manto  
púrpura, y debajo un traje  
azul... ¡Acuérdate bien  
Umelik!

¡Oh, me acordare  
madre!... y... con muchas  
sortijas, ¿verdad.?

- Si, muchas, y que  
despiden esplendidos des-  
tellos... y tambien collares  
en el cuello, y toda clase



de pedrerías en la cintura.  
... Pero sobre todo, recuerda  
la cara del espejo; la  
línea vertical de la frente.

Ahora. ¡marcha, mi  
bien amado... vé de prisa,  
déjame!

Al hablarle así, le  
estrechaba más fuerte y  
se agarraba a él, besán-  
dole, besándole todavía....

El se impacientaba,  
porque oía, allí abajo  
barritar a los elefantes,  
piafar a los caballos...  
Y el pequeño, tenía prisa



por continuar el viaje.

Hazaizá movió la cabeza tristemente.

Los marineros alineados, impasibles a lo largo de las bordas, bajaban los ojos para que su reina no les viera llorar. (1)....

El sonido de las trompetas rasgó los aires:

Makeda se quedó rígida.

Tenante una vez más a su hijo; le volvió a mirar,

---

(1) - Entonces no estaban impasibles. (V.C)



le cubrió de besos; le dejó en el suelo y volvió a su inmovilidad.

Desde la proa del navío vió como se alejaba la barca....

Desde allí, contemplaría el despliegue de la larga caravana, y su lento caminar sobre la ruta por la cual van los viajeros alejándose de Egiongabab hacia el Norte....

Cuando el último carro desapareció detrás de la colina, la Flota Verde viró de bordo e hizo vela hacia el Sur.



Centro Documental  
Archivo



La voz de la sangre.

Salomon no estaba advertido todavía de la llegada anticipada de su hijo.

¡Cuanto había envejecido en aquellos cuatro años, el potentado de los cuatro horizontes! Su cara



adelgazada parecia no ser de la medida de su barba, negra todavia gracias al efecto de las drogas. Sufría del corazón porque no existe peor veneno que esa angustia insidiosa martirizadora del alma o causa de la ausencia del ser amado.

Todos los dias pasaba horas enteras en el Pabellon de los Sonidos Celestes en el que gustaba aislarse para componer sus canticos. Y allí se



abismaba en la contemplación de las estatuas de Makeda que habia hecho modelar y pintar en cera. Para que la ilusión fuera perfecta habialas vestido con telas verdaderas, y se complacia en desmenuarlas con lentitud y en acariciarlas. Pero por muy sabiamente que estuviese pintada y modelada, la cera seguia fria bajo sus besos.



Le habian sor-  
prendido entregandose  
a estas singulares di-  
versiones, y de ahi el  
rumor de que Salomon  
adoraba a los idolos.  
¡Oh, como le habia per-  
vertido la extranjera!  
¿Y de esta corruptora  
desvergonzada ha tenido  
el rey de Judea un hijo. 2.  
¡No!; Menelik el mal  
nombrado no podia  
ser mas que un bastardo.



- 194 -

Fue Tsadoc, el  
gran Rabino, sucesor de  
Ben-Eliezer, muerto poco  
después de la partida  
de Makeda, el que lanzó  
la infame especie.

Aquel hombre, hinchado  
de orgullo envidiaba  
al Rey Dorado el poder  
supremo que detentaba  
en materia religiosa.

Por eso, procuraba mi-  
nar el prestigio del lla-  
mado Eclesiastés y Guar-  
dian del Sello.

Peró, ¡ que alegría



en el alma dolorida  
de Salomón cuando  
le anunciaron que  
acababa de ser señalada  
la bandera de Su  
Gracia el príncipe  
Menelik, a poca dis-  
tancia de Jerusalén!

¡ Alabado sea Jeho-  
vá! ¡ Oh hijo del león  
y de la leona de Judá!  
¡ Oh leoncillo mis bien  
amado, mis ojos van  
a verte! ¡ Pronto, que se  
difunda la nueva!



¡Quiero que todas las casas estén adornadas con tapices, que desde todas las ventanas se arrojen flores.... y que todo el Sacro Colegio, los dignatarios, los que llevan títulos se apresten para rodearme en la Sala del trono, vestidos con sus más ricos trajes!

En este momento osó decir el Gran Rabino.  
¡Ohr muy sabio rey!



¿has reflexionado bien  
en las consecuencias de  
estas fiestas que acabas  
de ordenar.?

Salomón soltó una  
gran carcajada.

¡Ah Tsadoc, espíritu  
triste, como se ve que no  
has procreado nunca!  
¿Tiene que reflexionar el  
padre que va a ver y  
a tocar a su hijo, para  
que su corazón se alegre  
y con el suyo el de to-  
dos.?



¡Alegría, a la cual  
no puede sumarse el  
gran Rabino de Jeru-  
salem, cuando ve la  
ciudad de David dis-  
puesta para recibir  
como a hijo de rey  
a quien tal vez no  
sea más que un bas-  
tardo!

¡Miserable rabino!;  
¿cómo puedes tú...?

Porque Tsadoc, ai-  
da de tu gloria, ¡oh  
servidor del Arca, véne



viene a turbar tu  
alegría en día tal.  
Los rumores mas eno-  
josos no dejan de circu-  
lar sobre el nombrado  
Menelik. ¡ Reflexiona!  
¡ Que mancha para tu  
nombre en el porvenir  
si se demostrara que tales  
rumores son ciertos!

¡ Esas son calumnias  
infames!

- Nada lo prueba.  
Nada tampoco que seas  
tu el padre.



¡Ah Tsardoc!; eres  
ingenioso como el impuber  
o el veneno de tus pala-  
bras está mas calculado  
que el de los hechiceros.  
¿Como puede demostrar  
un padre, que el hijo  
que le dio una mujer  
es en efecto su hijo.?

Pues que; ¿no he hecho  
todo lo posible por des-  
hacer el equívoco.?. ¿No  
he enviado a Saba una  
delegacion de siete ministros



y los siete me lo han  
asegurado. ?....

-Bien tíbiamente.

El tono de su asevera-  
cion no era muy con-  
vencida.

Es que aquellos or-  
gullosos habidos guar-  
daban rencor a mi es-  
posa por haberles mor-  
tificado con la evidencia  
de su virtud. Aun no  
queriéndolo, han afirma-  
do que Menelik se me  
parece.



¡ Hay semejanzas  
tan engañosas! Yo mismo,  
¿ no me parezco tanto a  
ti que a veces nos con-  
funden. ?....

- Menelik no nos con-  
fundiría, estoy bien seguro.

¡ Quien sabe, oh rey!

Salomon iba y venia  
preocupado. El astuto rabino  
habia conseguido destruir  
su alegría, ya que no su-  
pe en la esposa ausente.  
Tambien Tsadioc se callaba  
ahora dejando que el veneno



de sus insinuaciones cumpliera la obra.

¡ Pues bien! dijo por fin Salomón; vamos a proceder a la prueba de la voz de la sangre. Ella es para un padre el suplicio de los suplicios. Me resigno no obstante, porque entiendo que al fin la legitimidad del nacimiento de Menelik, quedaria establecida de modo



irrecusable. ¡Ve, Tsadoc, y  
cuidate de que todos estén  
dispuestos para la cere-  
monia! ¡Tendría lugar  
a la puesta de sol! Yo  
estare entre vosotros ves-  
tido como un simple  
rabino. Si el niño no  
me reconoce, le repudiare.  
¡Que se me deje solo has-  
ta el momento de la  
prueba porque mi alma  
esta triste!

Salomon exhalo  
un profundo suspiro,



y se despojó de su manto de púrpura, de su traje de seda, de sus collares y de sus sortijas.

Los rayos empurpurados del sol poniente entraban en la Sala del Trono, cuando la puerta monumental se abrió, dando paso al príncipe Menelik.

Bajo el gran techo de vigas de cedro sostenido por veinte gigantes cas



¡ que menudo parecía con su túnica de seda blanca aquel niño cuya llegada a la ciudad de David había emocionado tanto! Y sin embargo, ¡ que majestad en su porte!; ¡ con que desenvoltura llevaba la corona con la doble estrella, su hermosa cabeza de rizados cabellos...! ¡ Y aquel pliegue vertical característico, en la parte



baja de la frente....!

¡Seguro que es el hijo  
de David!

La mirada de  
Menelik se dirigió in-  
mediatamente hacia  
el trono de marfil si-  
tuado en lo alto de las  
seis gradas con leones  
barbados. ¡Por que no  
estaba allí sentado su  
padre. ?

El Gran chambelán  
se acercó a él, compade-  
cido de su sorpresa.



¡ Entra sin miedo,  
príncipe Menelik, y adi-  
vina cual de estos hom-  
bres aquí presentes, es  
el rey Salomón! Está  
entre nosotros, esperando  
que tu le reconozcas.

A estas palabras, el  
corazón oprimido del  
niño se tranquilizó. « Mi  
padre, ha querido reci-  
birme con este juego,  
pensó, pero, ¿ cree azorar-  
me por esto. ? - Mi madre  
me le ha descrito tantas



veces, así como su traje  
y sus alhajas.... Es bien  
sencillo; mi padre es el  
que luce las más bellas  
galas....».

Arroz regocijado.

Pasó revista lentamente  
a la primera fila,  
compuesta por los dig-  
natarios y grandes cham-  
belanes, vestidos todos  
con suntuosidad....

«¡ Acuérdate bien; un gran  
manto de púrpura, y  
una túnica azul....



muchas sortijas y collares...». Pero muchos de entre los grandes personajes que veía, llevaban también numerosas alhajas... no las bastantes desde luego para impresionar a Menelik.

«¡No, no, ¡; el rey mi padre debe vestir más esplendidamente todavía; y siguió adelante.

Poco a poco, la decepción se apoderaba de él. El fuego de todas



aquellas miradas fijas  
en él, le angustiaban.  
¡Y aquel gran silencio!...  
¿Es en efecto un juego  
todo esto? ¿empezaba  
a preguntarse. Una  
sonda cólera hervía  
en él, contra aquel padre  
que se escondía. ¡Que  
cruel! ¿Ignoraba que su  
madre estaba lejos; muy  
lejos y que él era débil  
y pequeño. ?

Salomon estaba



en la sala, perdido entre  
la negra multitud de  
rabinos y de levitas. Agra-  
raba los pliegues de  
su túnica, para no ten-  
der los brazos al niño,  
y se mordía los labios  
para no gritar. ¡hijo mío,  
aquí estoy, aquí! ¡ven  
a mis brazos para es-  
trecharte contra mi  
corazón, para mecerme  
en ellos.!

Más, por el propio  
bien de Menelik quiso



que la prueba se cum-  
pliese hasta el fin....

« ¡ Oh Dios!; ¿ y si Mene-  
lik se equivoca. ?; ¿ tendré  
fuerzas para repudiarlo  
ahora que le he visto. ?

¡ Oh Jehová, inspira a  
MeneLIK !. ¡ Haz que su  
sangre grite y me desig-  
ne. !

Y todos, llenos de  
compasión viendo la  
confusion de aquel ino-  
cente, comprendian el  
suprimiento de su padre.



colocado entre ellos, deseando tambien que Jehová guiase a Melchik, y que el milagro se cumplierse. Los que dudaron, ya no tenían duda, y los que á sabiendas habian propagado la calumnia, tenían en aquel momento <sup>ya</sup> comprendian su maldad, y los inhumanos efectos que producía. Solo Tsadoe....

Entonces, poco a poco se elevó un murmullo de la multitud angustiada.



Era un murmullo de  
plegorias, que crecía  
a medida que el niño  
buscaba y se desespera-  
baba. ¡ Oh Jehová, ins-  
pira a Menelik! ¡ Pres-  
ta a Menelik tu cla-  
rividencia!

El príncipe, había  
recorrido más rápida-  
mente la segunda fila  
compuesta de oficiales  
y jefes de la guardia.  
Sabía bien que su padre  
no tenía por costumbre



lleva espada.

Pero entonces, ¿donde, donde está el rey Salomón.?

Menelik contenía los sollozos que le oprimían, para recorrer la tercera fila compuesta por los grandes rabinos y letrados, vestidos con sus túnicas violeta o verde. Entre ellos estaba Tsadoc. El corazón de todos se apretaba a causa de la famosa semejanza.



Isradoc, para enganar al niño, movía perfidamente las placas pendientes de su pecho a fin de que brillasen a los rayos del sol poniente.

Menelik se paró un momento ante el Gran Rabino, cuya cara majestuosa, y sobre todo la fisonomía análoga a la que contempló en el espejo de oro le había impresionado. Pero, ¡ que



dureza en la mirada!  
.... El niño pasó de largo.

Entonces, ¿donde  
está el rey Salomón.?

No había mas que  
aquella multitud negra  
aglomerada en el fondo  
de la sala. Seguramente  
no estaba entre ellos.

Ninguno tenía la ma-  
jestad de su padre.

¿Donde estaba.?

Una terrible amara-  
gura se apoderó del pobre  
niño. Se sintió perdido, sin



proteccion, en una  
ciudad extranjera. El  
gran Chambelán habia  
mentido; el rey Salomon  
no estaba allí. ¿Estaria  
enfermo. ? ¿Habria muer-  
to. ? O bien; ¿es que no  
amaba al hijo a quien  
nunca habia visto. ?

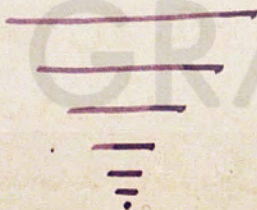
Un mar de lagri-  
mas subió a los ojos  
de Menelik. Todas las  
caras se ensombrecieron,  
todos aquellos ojos que  
le escontaban, se con-



-vintieron para el en  
un torbellino brillante  
en medio del cual sintió  
que se abismaba....

Entonces, del fondo  
de su alma salió un  
grito desgarrador:

¡Padre, padre! ¡a mí,  
tengo miedo! Y corriendo  
se dirigió derechamente  
hacia Salomón, que le  
recibió en sus brazos.





Centro Documental  
Archivo

XI

Y los dos distinguieron  
una estrella..

Cuando todos los  
que habian asistido a  
la prueba, hubieron des-  
filado ante el principe  
Menelik, sentado ahora  
sobre las rodillas de su



padre Salomon, que ya ocupaba el trono de marfil, envuelto en su manto de púrpura, Taddoc que iba en último lugar se prosternó implorando perdón, que le fue otorgado, (porque, le dijo Salomon, aquel que no ha procreado nunca, ni comprende los sufrimientos del padre, ni sospecha sus alegrías) Salomon se quedó solo con Flaizar y el niño



preguntando avidamente al viejo, por Makeda, la esposa bien amada; por los motivos que le privaban del placer de verla; por todo en fin cuanto a ella concernia.

Y Haizar se lo explicó. Salomón alabó altamente la sabiduría, el valor, la dolorosa abnegación de la reina.

A pesar de todo, no escuchaba con gran atención, pues no cesaba de contemplar a su hijo



de abrazarle, y de preguntarle al fin muchas cosas.

Pero el niño estaba tan debil, que solo respondia con dulces murmullos adormecidos.

¡Oh padre, como me pesa la corona!. Tales fueron sus primeras palabras distintas.

Salomon emocionado por ellas, al verlas llenas de triste sentido, y que el niño no comprendia, libero a Menelik de la



corona de la "doble es-  
trella; besó largamente  
la joven frente dorada,  
en el sitio que aquella  
había marcado.

Los servidores se  
aproximaron para  
encender los candelabros,  
porque caía la tarde.  
Aquella sala, la más  
grande del Palacio, no  
lo era suficiente para  
contener la inmensidad  
de su orgullo y de su  
alegría.  
Habiendo envuelto



al pequeño con su manto  
subió con él a la mas  
alta de las terrazas.

Muchas lucas se  
veían en Jerusalem, en-  
tregado a los regocijos,  
y el rey levanto su  
Mencilik tan alto como  
sus brazos se lo permitian,  
contemplando durante  
largo tiempo la cara  
de su hijo en el seno del  
firmamento.

Entre los bucles  
del niño brillaban algu-  
nas estrellas, y una entre



todas, no habia luído hasta aquel día.

Y esta estrella era verde y muy hermosa....

Salomon, al distinguirla vio así:

¡Oh Jehová, que reinas desde lo alto de los cielos!

¡Tu, dueño del mundo y de los amores, haz que

mi esposa vea también esta estrella, y en este instante mismo!

..... Allí, la madre de Menelik acababa de llegar de su doloroso viaje.



Marcha a través de sus jardines, completamente oscuros porque así ha ordenado que estuviesen, y ha hecho saber que necesitaba una gran calma.

Siguió el gran paseo que es el eje de los tres inmensos palacios contruidos en arco de círculo.

Llegó a su propio palacio y franqueó sus umbrales.

Una espléndida cena la esperaba, pero no tocó ningún alimento,



y levantándose ensegui-  
da de la mesa, subió  
a los jardines altos.

Todas las luces  
estaban apagadas en  
la ciudad, mas el  
fabuloso palacio bri-  
llaba dulcemente en  
la noche gris perla.

¡Ved esta Saba,  
mas hermosa que  
Babilonia; esta vivienda  
como no sabrían nunca  
construir los hombres;  
que contine tanto teso-  
ro... y he aquí si la



poseedora de esta maravilla de las maravillas, que se siente pobre y desprovista de todo. ¡

¡Ved a esta emperatriz extraña cuya belleza sobrenatural siembra el amor y la desesperación.!. Assadaron, un principe amarillo, un Faraon y un hijo del Faraon, Assyr, Salomon, tantos otros mas....

Durante siglos, y puede que durante milenios, muchos corazones de hombre latirán por



ella. Las mujeres buscarían el secreto de su seducción.... Allá está, sola, sentada en la cumbre de su capital.  
¡Sola!

Tsoehar, el astrologo descendió de su torre.

- ¿Que hay de nuevo en el cielo Tsoehar.?

preguntó con voz amarga.

He venido precisamente para anunciarte - la.... Una maravillosa estrella que mis ojos no habian visto nunca....



¿ Es cierto soñador  
inconregible. ? ¿ Y cual  
es ese astro nuevo. ?

- No es precisamente  
un astro nuevo, ¡ Oh señal,  
sino el ultimo de una  
constelacion que estudio  
desde hace tiempo; la  
que me permitio orien-  
tar tu pensamiento  
hacia Salomon....

¿ Recuerdas. ? ; la pri-  
mera estrella aparecida  
del grupo era azulada..

¿ Y la ultima. ?



- Verde.

Makeda se estremeció.  
¿No es el verde su color,  
como el azul es el de  
Salomon.?

¿Que presagia esta  
estrella verde. ? preguntó  
con voz alterada.

Yo no puedo saberlo;  
su mensaje no de ser  
conocido sino en otras  
generaciones. Solo sé  
que es signo de gran  
ventura.

¿No es entonces mi



destino el que presógiu. ?

-No, no es el tuyo ¡Oh reina!

¿El de mi hijo en ese caso. ?

-No, sino el de los nietos de sus nietos.

¿Quieres verla. ?

Quiero.

Que tu mirada se digna seguir la direccion de mi dedo....

Y Makeda vió la estrella, y la contempló largamente. Una gran paz habia descendido



a su alma.

Tras palabras de Tsochiar la hiciaron pensar que por grande que ella fuese, el alcance de su tarea la sobrepasaría prodigiosamente; y aquel pensamiento que habría ante ella la perspectiva de los siglos hacia menos amargo su sacrificio.

« El árbol de la vida, nacido de mi



amor y de mi sufrimiento extenderia sus ramas lejos, muy lejos, en el porvenir, — pensaba ella.

El cuerpo de la reina de Saba se convertiria en ceniza, y puede ser que la misma Saba no sea mas que polvo; pero la posteridad de Makeda y de Salomon vivira tanto como el mundo! .»

Makeda entonces  
vivi asi:



¡ Oh Jehová todo-  
poderoso, Tu que riges  
la atracción de los  
astros, la de los hom-  
bres y la de las  
mujeres, dignate alor-  
dar esta gracia a  
tu hija solitaria.

Haz que mi esposo  
mire también esta  
misma estrella, y  
en este instante mis-  
mo también! ».

Y en aquel ins-



-238-

trante no se sintio tan  
sola.

- Fin -

Bagnoles de l'Orne -  
Toulouse - 1941.

Fundación

~~ANASTASIO~~  
DE GRACIA



# Indice

La revolucion de los  
hombres..... 1

—  
Todas las beatitudes... 23

—  
El triunfo de los triun-  
fos..... 35

Fundación  
—  
Menelik y su "kat"..... 53

ANASTASIO  
DE GRACIA  
—  
Lo que Menelik vio en  
el espejo..... 81.

—  
El viaje al pais natal.... 102.



¡Eranl Sradoc...! ¡Eranl  
Makeda!..... 127.

---

El duro consejo de Haizan.. 156.

---

Era separacion de las  
separaciones..... 172.

---

Era voz de la sangre... 190.

---

Y los dos distinguieron  
una estrella..... 221.

---



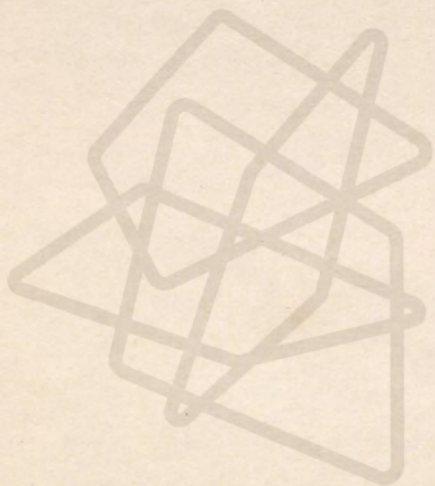
Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



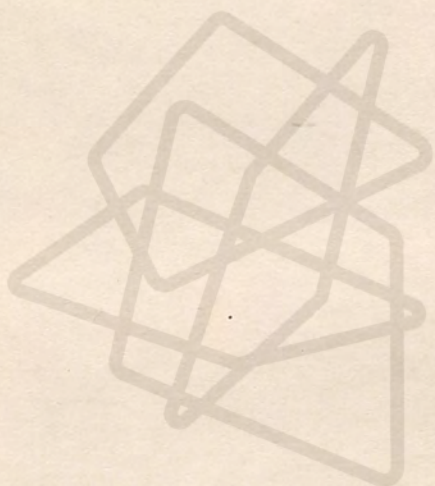
Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



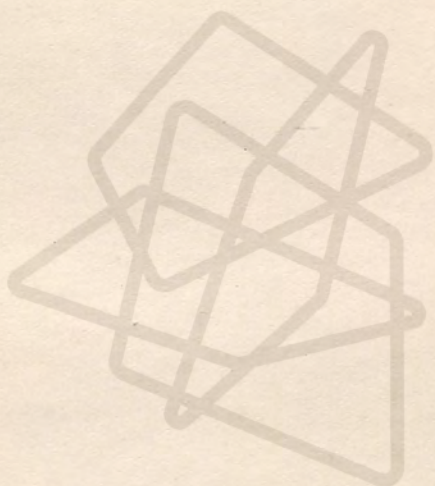
Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



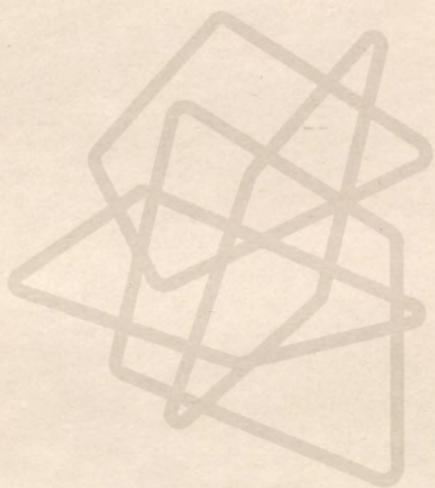
Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



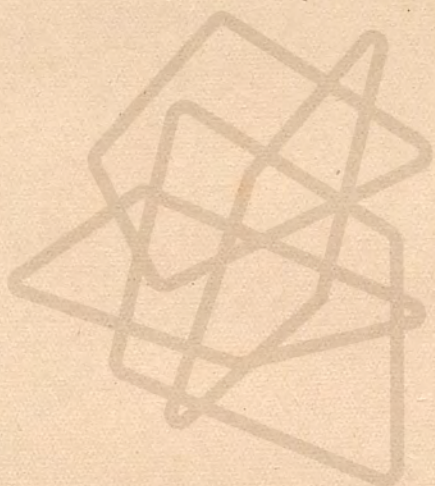
Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**



Centro Documental  
Archivo



Fundación  
**ANASTASIO  
DE GRACIA**







